

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

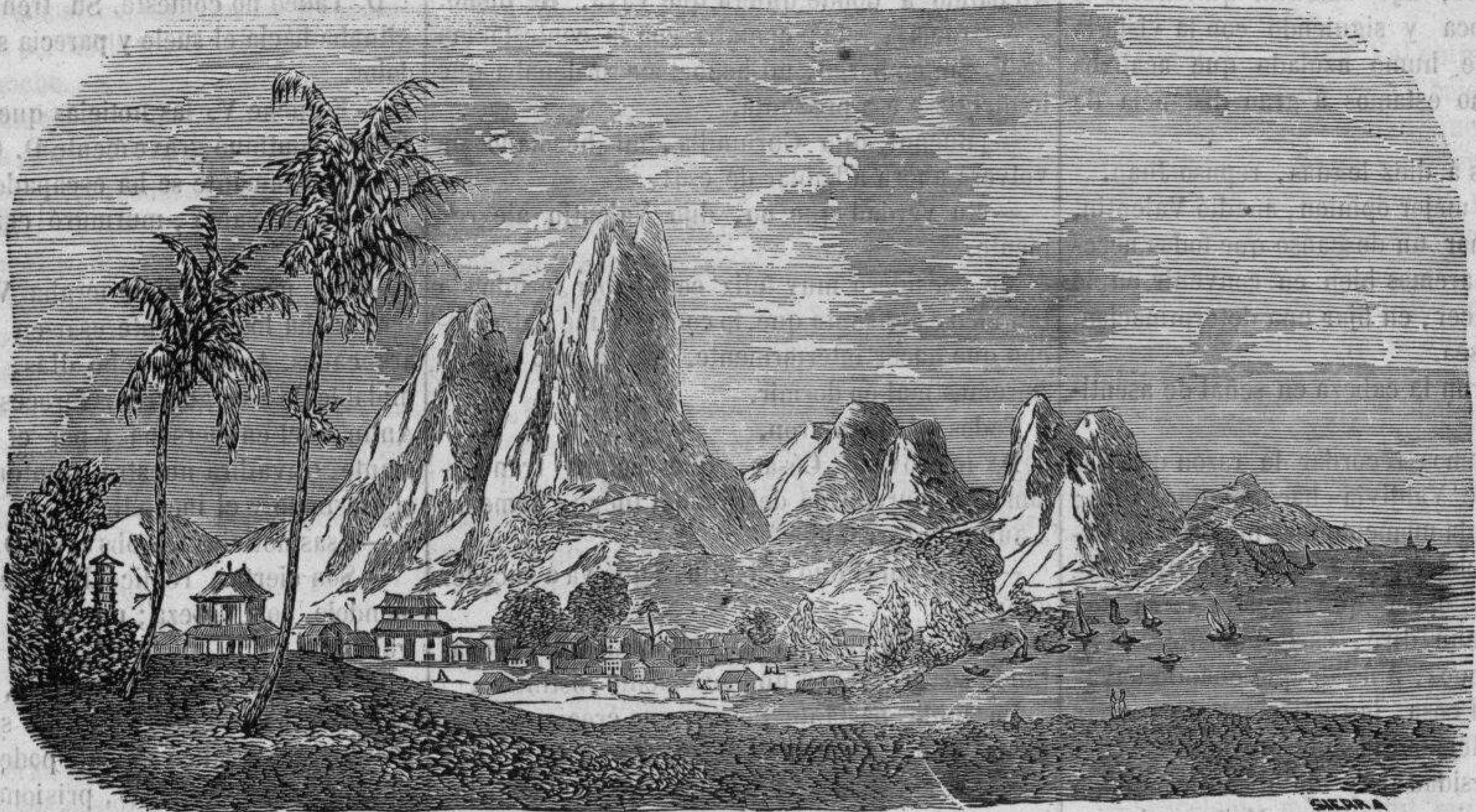
PRECIOS EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.	
Un mes	4 rs.
Tres meses	10
Seis meses	20
Un año	38

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS EN PROVINCIAS.

FRANCO DE PORTE
Un año 48 rs.
Con la facilidad de efectuar el pago en una, dos, tres ó cuatro veces, anticipado.



VIAJE A CHINA. — Aldea de las orillas de Pei-Ho.

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. P. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion. — Véase el n.º 68).

LXV.

EL LLANAMIENTO.

Era ya de noche.

Valentin y sus compañeros seguian andando.

Tan luego como la posicion con tanta resolucion defendida fué abandonada, el parisiense tomó, no solo la direccion, sino tambien el mando de la tropa.

Esta variacion se habia verificado naturalmente sin sacudimiento ni reclamacion de ningun género por parte de sus compañeros; todos reconocian en él instintivamente una superioridad que solo él ignoraba.

Era porque, desde su llegada á América, Valentin se encontraba arrojado á las eventualidades de una vida diametralmente opuesta á la que hasta entonces habia hecho; su posicion, al ensancharse, habia ensanchado tambien su inteligencia.

Valentin, dotado de una alma enérgica y un corazon ardiente, tenia el juicio pronto y la mirada impregnada de esa firmeza que domina. Por eso, sin saberlo, ejercia sobre todos los que se acercaban á él una influencia que no comprendia, pero que todos sufrían.

Luis de Prebois-Crancé fué el primero que sufrió aquella influencia. Al principio, en varias ocasiones habia procurado sustraerse á ella; pero muy luego se vió obligado á convenir consigo mismo en la superioridad de Valentin, y concluyó por aceptarla.

Los araucanos habian observado fielmente las condiciones del tratado. Los chilenos se habian retirado tranquilamente sin ver ni un explorador enemigo.

Seguian el camino de Valdivia.

Sin embargo, segun hemos dicho al principio, era de noche; las tinieblas que envolvian á la tierra confundian todos los objetos y hacian que su marcha fuese escesivamente penosa. Los caballos cansados no avanzaban sino con sumo trabajo y tropezando á cada paso.

Valentin temió con razon estraviarse en medio de la oscuridad. Habiendo llegado á la orilla de un rio que conoció ser el mismo en cuyas orillas habia tenido efecto pocos dias antes la renovacion de los tratados, hizo alto y acampó para pasar la noche.

En aquella hora avanzada no queria aventurar, se á pasar á la orilla opuesta, con tanto mas motivo, cuanto que, en tiempos ordinarios, el rio no es sino una angosta corriente de agua que surca clara y límpida la llanura, y á la sazón, aumentado por algunas lluvias ó por algun derretimiento de las nieves en la montaña, rodaba con estrépito sus aguas ruidosas y amarillentas.

A cortos intervalos un viento frio murmuraba entre el pálido follaje de los sauces. La luna habia desaparecido bajo las nubes, y el cielo se habia revestido de un color plomizo, siniestro y amenazador.

Se cernia una tormenta en el espacio. La prudencia ordenaba que se abrigasen lo mejor posible, en vez de obstinarse en caminar por en medio de las tinieblas que por momentos se hacian mas densas.

La órden de acampar fué acogida con gritos de júbilo por los compañeros de Valentin, y cada cual se apresuró á prepararlo todo para pasar la noche.

Los americanos, acostumbrados á la vida nómada, y que con mas frecuencia duermen bajo el cielo estrellado, que bajo el techo, nunca se ven apurados para proporcionarse abrigos.

Encendiéronse hogueras para alejar á las fieras y guarecerse del frio penetrante de la noche, y

se alzaron, como por encanto, algunas chozas de hojas y de ramas entrelazadas.

Entonces registró cada cual sus alforjas que los huasos y los soldados chilenos llevan constantemente consigo. Sacaron el *charqui* y la harina tostada que habian de componer la cena.

Las comidas de los hombres cansados por una caminata larga son breves; el sueño es su primera necesidad. Una hora despues, excepto los centinelas que velaban por la comun seguridad, todos los soldados dormian profundamente. Solo siete hombres sentados en torno de una inmensa hoguera, que ardía en medio del campo, hablaban entre sí fumando. A aquellos hombres los conoce ya el lector.

—Amigos míos, dijo Valentin quitándose el cigarro de la boca y siguiendo con la vista la leve columna de humo azulado que acababa de lanzar, ya no estamos á gran distancia de Valdivia.

—Todo lo mas á diez leguas, repuso Juan.

—Creo, salvo mejor opinion, añadió Valentin, que antes de tomar un descanso que todos necesitamos tanto, haremos bien en convenir en lo que hemos de hacer, en fijar una determinacion, cualquiera que sea.

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—No necesitamos recordar la razon que nos obligó á salir de Valdivia hace algunos dias; esa razon es á cada momento mas importante. Diferir por mas tiempo el comenzar nuestras investigaciones es hacer que nuestra tarea sea mas árdua, y aun diré, casi imposible. Así, pues, entendámonos, á fin de que cuando hayamos resuelto una cosa, la realicemos sin vacilar y con toda la celeridad posible.

—¿Qué necesidad hay de discutir, amigo mio? dijo D. Tadeo con viveza. Mañana al amanecer volveremos á emprender el camino de las montañas y dejaremos que los soldados continuen su marcha sobre Valdivia, bajo el mando de D. Ramon, con tanto mas motivo, cuanto que ahora nada tiene ya que temer.

—Queda convenido, dijo el senador; todos estamos bien armados. Las pocas leguas que nos restan que andar, ningun peligro ofrecen seriamente en la apariencia. Mañana al amanecer nos separaremos de VV. y les dejaremos que puedan ocuparse de sus negocios, despues de haberles dado gracias por los servicios que nos han prestado.

—Ahora, continuó Valentin, preguntaré á nuestros amigos araucanos si continuan teniendo intencion de seguirnos, ó prefieren regresar á su tolderia.

—¿Por qué me dirige mi hermano esa pregunta? contestó Trangoil Lanec; ¿desea acaso nuestra partida?

—Me causaria grandísima pena, que diese tal sentido á mis palabras. Por el contrario, mi mayor deseo seria conservarlos á mi lado.

—Pues entonces que se explique mi hermano á fin de que le entendamos.

—Eso mismo voy á verificar. Hace ya mucho tiempo que mis hermanos han salido de su aldea; pueden abrigar el deseo de volver á ver á sus mujeres y á sus hijos. Por otra parte, la casualidad nos obliga á combatir frente á frente con sus compatriotas, y comprendo muy bien la repug-

nancia que en tales circunstancias deben sentir mis hermanos. Mi intencion al hacerles tal pregunta, ha sido simplemente desembarazarles de toda obligacion para con nosotros, y dejarlos en entera libertad para obrar como su corazon les dicte.

Trangoil Lanec volvió á tomar la palabra.

—Mi hermano ha hablado bien, es un alma leal; en sus discursos, su corazon está siempre en sus labios, por eso su voz resuena en mi oido como el melodioso canto del *maw kawis*, y soy feliz cuando le oigo. Trangoil Lanec es uno de los jefes de su nacion, es prudente, todo lo que hace está bien hecho; Antinahuel no es su amigo. Trangoil Lanec seguirá á su hermano el rostro pálido á donde quiera que vaya. He dicho.

—Gracias, jefe; contaba con la contestacion de V. Sin embargo, mi honor me ordenaba que le dirigiese esa pregunta.

—¡Bueno! dijo Curumilla, mi hermano no volverá ahora á hablar de eso!

—En verdad que no, dijo Valentin alegremente.

Me considero muy feliz con haber terminado tan bien este asunto que, lo confieso, me daba mucho que hacer interiormente. Ahora creo que no haremos mal en dormir.

Todos se levantaron.

De improviso, César, que estaba tranquilamente acurrucado delante del fuego, comenzó á aullar enfurecido.

—¡Dios mio! dijo Valentin, ¿qué va á suceder ahora?

Cada uno aplicó el oido con inquietud, preparando sus armas con un movimiento instintivo.

Un ruido bastante fuerte, que crecía rápidamente se oía á cierta distancia.

—¡A las armas! dijo Valentin en voz baja, hay muchas corrientes de aire por aquí y no se sabe con quienes podremos tener que habérnoslas. Bueno será que estemos en guardia.

En pocos segundos todo el campamento estuvo alerta y los soldados se dispusieron á recibir bien al intruso que se atreviese á presentarse.

El ruido se acercaba cada vez mas y algunas formas negras comenzaban á destacar sus vagos contornos en la oscuridad de la noche.

—¿Quién vive? gritó el centinela.

—¡Chile! contestó una voz fuerte.

—¿Qué gente? repuso el soldado.

—¡Gente de paz! volvió á decir la voz, añadiendo inmediatamente

—Soy D. Gregorio Peralta.

Al oirse este nombre, todos los fusiles se levantaron.

—Venga V., venga V., D. Gregorio, gritó Valentin. ¡Caramba! sea V. bien venido entre sus amigos.

—¡Cáspita! caballero! contestó vivamente don Gregorio estrechando las manos que de todos lados le tendian sus amigos, ¡qué casualidad tan venturosa encontrar á VV. tan pronto!

Detrás de D. Gregorio entraron en el campo unos treinta ginetes.

—¿Cómo tan pronto? preguntó D. Tadeo: ¿acaso nos buscaba V., querido amigo?

—¡Carai! que si le buscaba á V., D. Tadeo! Espresamente para eso he salido hace algunas horas de Valdivia.

—No lo entiendo, dijo D. Tadeo.

D. Gregorio pareció que no le observaba, haciendo seña á los franceses y á D. Tadeo para que le siguiesen, se alejó algunos pasos á fin de que nadie pudiese oír lo que iba á decir mas que sus tres amigos.

—Me ha preguntado V., D. Tadeo, por qué le buscaba, repuso, y voy á decírselo. Hoy me he puesto en camino enviado en busca de V. por los patriotas, nuestros hermanos, por los Corazones Sombríos de Chile, que ven en V. su jefe y su rey, con la mision de decirle tan luego como lo encontrase:—«Rey de las Tinieblas, la patria está en peligro; solo un hombre puede salvarla y ese hombre es V. ¿Se negará V. á sacrificarse por ella?»

D. Tadeo no contestó. Su frente pálida se inclinaba hácia el suelo y parecia ser presa de vivo dolor.

—Escuche V. las noticias que le traigo, don Tadeo, continuó gravemente D. Gregorio; el general Bustamante se ha escapado.

—Ya lo sabia, murmuró con voz débil don Tadeo.

—Sí, pero lo que ignoraba V. es que ese miserable ha logrado interesar en favor suyo á los araucanos. Antes de ocho dias, un ejército formidable de esos guerreros feroces, mandados por Antinahuel en persona y por el general Bustamante, invadirá nuestra frontera precedido por el asesinato y el incendio.

—Esas noticias.... observó D. Tadeo.

—Son ciertas, replicó D. Gregorio interrumpiéndole con viveza; un espía fiel nos las ha traído.

—Ya lo sabe V., amigo mio, he abdicado el poder en manos de V.: ya nada soy.

—Cuando abdicó V. el poder, D. Tadeo, el enemigo estaba vencido, prisionero; la libertad estaba victoriosa, pero hoy ha variado todo. El peligro es mayor que nunca, y la patria le llama á V.: ¿permanecerá V. sordo á su voz?

—Amigo mio, contestó D. Tadeo con acento profundamente triste, otra voz me llama tambien es la de mi hija á quien quiero salvar.

—La salvacion del pais está antes que las afecciones de familia, Rey de las Tinieblas: acuérdesese V. de su juramento, dijo D. Gregorio con rudeza.

—¡Pero mi hija! mi pobre hija! el único bien que poseo! exclamó casi sollozando.

—Acuérdesese V. de su juramento, Rey de las Tinieblas, replicó D. Gregorio con acento profundo. Sus hermanos le esperan.

—¡Oh! exclamó el desgraciado con una voz que el dolor hacia ser ronca y convulsiva, ¿no tendrá V. compasion de un padre que le implora?

—Bien; contestó D. Gregorio con amargura retrocediendo un paso, me retiro, D. Tadeo. Durante diez años lo hemos sacrificado todo por la causa á la cual hace V. traicion hoy, nosotros sabremos morir por esa libertad que V. abandona. Adios, D. Tadeo, el pueblo chileno sucumbirá, pero V. encontrará á su hija y doblará su frente bajo la maldicion de sus hermanos. Adios, ya no le conozco á V.

—¡Deléngase V.! exclamó D. Tadeo, retractando esas palabras espantosas! ¿Lo quiere V.? Pues bien, sea; moriré con VV. ¡Partamos!.... partamos!.... ¡Hija mia! hija mia!.... añadió con una voz desgarradora, perdóname!

—¡Oh! por fin encuentro á mi hermano! exclamó D. Gregorio estrechándole en sus brazos lleno de júbilo: no; con tal campeón no puede perecer la libertad.

—D. Tadeo, exclamó Valentin, vaya V. á donde su deber le llama; juro á Dios que le restituiremos á V. su hija.

—Sí, dijo el conde estrechándole la mano, aunque hayamos de perecer.

D. Gregorio no quiso acabar la noche en el campamento. Cada ginete tomó un soldado de infantería á la grupa, y una hora después se lanzaban á galope por el camino de Valdivia.

—¡Hija mia! hija mia! gritó D. Tadeo por vez postrera.

—¡La salvaremos! contestaron los franceses.

Muy luego se perdió la tropa chilena en la oscuridad de la noche.

Solo quedaban en el campamento, Valentin, Luis, Curumilla, Juan y Trangoil Lanec.

Tan luego como se quedaron solos, Valentin lanzó un suspiro.

—¡Pobre hombre! dijo.

Y en seguida añadió:

—Disfrutemos algunos momentos de descanso que mañana será muy trabajoso el día.

Los cinco aventureros se envolvieron en sus ponchos, se echaron con los piés junto al fuego, y se durmieron bajo la custodia de César, centinela vigilante que no habia de dejarse sorprender.

LXVI.

EL CONSEJO.

Hacia la mitad de la noche estalló la tempestad.

Las tinieblas eran densas; en ciertos momentos algunos relámpagos deslumbradores surcaban el espacio y derramaban fugitivos resplandores que daban á los objetos una apariencia fantástica.

Los árboles azotados por el viento que mugia con furor, se agitaban y doblaban como débiles cañas bajos los esfuerzos de la tempestad. El sordo bramido del trueno mezclaba sus metálicos sonidos con el rugido del río que se desbordaba en la pradera.

El cielo tenia la apariencia de una inmensa plancha de plomo. La lluvia caia tan cuajada que los viajeros, no obstante todos sus esfuerzos, no lograban guarecerse de ella.

Su fuego de vivac se apagó, y hasta el día hirieron bajo los elementos combinados que bramaban enfurecidos sobre su cabeza.

Hacia la mañana se calmó un poco el huracán y el sol dispó por completo la tormenta.

Entonces fué cuando los cinco aventureros pudieron apreciar los desastres causados por tan espantoso cataclismo.

Habia árboles rotos y torcidos como leves átomos de paja; otros, arrancados bajo el esfuerzo de la tempestad, yacian en el suelo con las raíces al aire.

La pradera solo era un estenso pantano.

El río, que la vispera todavía estaba tan tranquilo, tan claro, tan inofensivo, lo habia invadido todo, arrastrando aguas cenagosas, arrancando la yerba y abriendo profundos barrancos.

Valentin se felicitó de haber establecido la vispera su campamento en la pendiente de la montaña, en vez de bajar á la llanura. Si no hu-

biese obrado así, él y sus compañeros habrian sido sepultados en las aguas furiosas cuando se desbordaron.

El primer cuidado de los viajeros fué encender fuego para secarse y preparar su comida.

Trangoil Lanec buscó ante todo una piedra plana y bastante ancha, sobre la que estendió una capa de hojas secas, encima de la cual se encendió por fin el fuego.

Sobre la tierra mojada hubiera sido imposible obtenerlo.

Muy luego subió hacia el cielo una columna de llamas claras que reanimaron el valor de los viajeros ateridos de frio, que la saludaron con un grito de júbilo.

Tan luego como el almuerzo se hubo terminado, reapareció la alegría y se olvidaron los sufrimientos de la noche, y los cinco hombres no pensaron ya en las pasadas miserias sino para estimularse á sobrellevar con paciencia las que aun les aguardaban.

Eran las siete de la mañana. Acurrucados delante de la hoguera fumaban silenciosos cuando Valentin tomó la palabra.

—Hemos hecho mal en dejar partir á D. Tadeo en la pasada noche, dijo.

—¿Por qué? le preguntó Luis.

—¡Pardiez! en aquel momento nos hallábamos bajo la influencia de una impresion desagradable y no reflexionamos en una cosa que ahora se me ocurre.

—¿Cuál es?

—Esta: tan luego como D. Tadeo haya cumplido con los deberes de un buen ciudadano, á los cuales le obliga su desinteresado patriotismo, es evidente para todos nosotros que abdicará un poder que solo ha aceptado porque se lo imponen.

—Es cierto.

—¿Cuál será entonces su deseo mas vivo?

—¡Pardiez! el de volver á lanzarse en busca de su hija, dijo Luis con viveza.

—O el de reunirse con nosotros.

—Es igual.

—Convenido. Pero hay preparado delante de él un obstáculo insuperable que le detendrá.

—¿Cuál es?

—La falta de un guía que pueda conducirle junto á nosotros.

—Es verdad; exclamaron los cuatro hombres llenos de estupor.

—¿Qué haremos? preguntó Luis.

—Afortunadamente, continuó Valentin, no es demasiado tarde todavía para reparar nuestro olvido. D. Tadeo necesita á su lado un hombre que le sea enteramente adicto, que conozca á fondo los sitios que nos proponemos recorrer, que nos siga la pista en cierto modo como un lebrél fino, ¿no es cierto?

—Sí, dijo Trangoil Lanec con un gesto afirmativo.

—Pues bien, repuso Valentin, ese hombre será Juan.

—Es muy justo, observó el indio; yo seré el guía.

—Juan va á separarse de nosotros; le daré una carta que Luis escribirá, y en la cual instruiré á D. Tadeo de la mision que confiamos á nuestro amigo á su lado.

—Bueno, dijo Curumilla; nuestro amigo piensa en todo; que dibuje D. Luis el collar (carta).

—¡Calle! exclamó Valentin alegremente; ahora que lo pienso, vale mas que esa idea no me haya ocurrido hasta esta mañana.

—¿Por qué? dijo Luis lleno de sorpresa.

—Porque al pobre D. Tadeo le causará mucho placer recibir de nosotros esa carta que le probará que no le olvidamos y que nos interesamos mucho por sus asuntos.

—Es verdad, dijo el conde.

—Pues bien, hermano, escribe.

El conde no se lo hizo repetir, y puso en seguida manos á la obra.

La carta, escrita en una hoja de su cartera, se halló muy luego corriente.

Juan, por su parte, habia terminado sus preparativos de marcha.

—Hermano, le dijo Valentin entregándole la esquila, que el indio ocultó bajo la cinta que ceñia sus cabellos, no tengo que hacer á V. encargo alguno; es V. un guerrero experimentado, un hombre de corazon fuerte, y deja V. amigos en cuyo recuerdo ocupará siempre un puesto privilegiado.

—Nada tiene que decirme mi hermano, contestó Juan con una sonrisa que iluminó su semblante marcial con un rayo de simpática bondad; dejo mi corazon aquí, y sabré volverle á encontrar.

El buen indio se inclinó delante de sus amigos y se alejó con rapidez saltando entre la crecida yerba como un guanaco.

Muy luego le vieron echarse al río y pasarle á nado.

Cuando hubo llegado á la opuesta orilla, enderezó su cuerpo, hizo una última seña á los despedida á sus amigos, y desapareció detrás de un accidente del terreno.

—¡Escelente muchacho! murmuró Valentin volviendo á sentarse junto al fuego.

—Es un guerrero, dijo Trangoil Lanec con orgullo.

—Ahora, jefe, repuso el antiguo oficial de *spahis*, hablemos un poco: ¿no le parece á V?

—Escucho á mi hermano.

—Voy á explicarme. La empresa que acometemos es difícil, y aun añadiré que seria imposible si no tuviésemos á VV. en nuestra compañía. Luis y yo, no obstante todo nuestro valor, nos veriamos obligados á renunciar á ella, porque en este país, los ojos del hombre blanco, por buenos que sean, no alcanzan á dirigirle. Solo VV. pueden guiarnos con entera seguridad hacia el objeto. Así, pues, que uno de VV. sea nuestro jefe, le obedeceremos con júbilo y nos dejaremos conducir por él como lo juzgue mas conveniente. Nada de falsas delicadezas entre nosotros, jefe; V. y Curumilla son los que han de dirigir de derecho la expedicion.

Trangoil Lanec reflexionó durante algunos minutos, y luego contestó:

—Mi hermano ha hablado bien; su corazon no tiene nubes para sus amigos. Sí, el camino es largo y está erizado de peligros; pero que fien en nosotros nuestros hermanos pálidos: criados en el desierto, este no encierra ya misterios para nosotros, y sabremos frustrar las emboscadas y adivinar los lazos que nos tiendan.

—Queda convenido, jefe, dijo Valentin. En cuanto á nosotros, no tendremos mas que obedecer.

—Arreglado ya este punto á satisfaccion de todos, añadió el conde, hay otro no menos importante que es menester resolver tambien en el acto.

—¿Qué punto es ese, hermano? preguntó Valentin.

—El de saber hácia qué lado nos dirigiremos, y si hemos de ponernos en camino al instante.

—Inmediatamente, contestó Trangoil Lanec. Lo que ante todo debemos adoptar, es una línea de conducta, de la que ya no nos apartaremos durante el curso del viaje.

—Eso es raciocinar como hombre prudente, jefe; sométanos V. sus observaciones, que del choque de las ideas es de donde surge la luz.

—Pienso, dijo Trangoil Lanec, que para volver á encontrar la pista de la jóven virgen pálida de los ojos azules, tenemos que dirigir nuestros pasos á San Miguel, y desde allí lanzarnos en seguimiento de los guerreros que se la han llevado.

—Tal es tambien mi opinion, dijo Valentin apoyándole, y no veo que podamos hacer otra cosa.

Curumilla movió negativamente la cabeza, y dijo:

—No; esa pista nos estraviaría y nos haría perder un tiempo precioso.

Los dos franceses le miraron con sorpresa, mientras que Trangoil Lanec continuaba fumando y permanecía impassible.

—No le entiendo á V., jefe, dijo Valentin.

Curumilla se sonrió y dijo:

—Escuche mi hermano. Antinahuel es un jefe poderoso y temido; es el mas grande entre los guerreros araucanos; su corazón es tan vasto como el mundo. El Toqui ha declarado la guerra á los rostros pálidos, y esa guerra la hará muy cruel, porque tiene al lado suyo un hombre y una mujer huincas, quienes por su propio interés le escitarán á invadir nuestro país. Antinahuel reunirá sus guerreros, pero no regresará á su aldea. La virgen de los ojos azules ha sido robada por la mujer de corazón de víbora para decidir al jefe á sostener esa guerra, porque el jefe ama á la virgen, y ya se lo he dicho á mis hermanos, la voluntad de este abrasa todo lo que no puede alcanzar. El jefe, obligado á permanecer al frente de los guerreros, mandará que conduzcan al lado suyo á la virgen. Los cazadores, cuando quieren descubrir el rastro de la hembra del puma siguen el del macho: para encontrar el rastro de la jóven virgen, es preciso seguir el de Antinahuel, y muy luego conoceremos á donde se encaminan y se confunden. He dicho; reflexionen mis hermanos.

Calló, é inclinando la cabeza sobre el pecho, aguardó.

Hubo un momento de silencio bastante prolongado, y el conde fué quien le interrumpió diciendo:

—A la verdad, no sé qué pensar. Las razones que el jefe acaba de esponernos, me parece que son tan buenas que me hallo dispuesto á creerlas.

—Si, dijo Valentin apoyándole, creo que mi hermano Curumilla ha adivinado la verdad. Es evidente para nosotros que Antinahuel ama á doña Rosario, y que solo con el objeto de entregársela es para lo que esa criatura hedionda á

quien nuestro amigo llama muy bien corazón de víbora, ha hecho robar á la desgraciada niña. ¿Qué le parece á V., jefe? preguntó á Trangoil Lanec.

—Curumilla es uno de los guerreros mas prudentes de su nacion, tiene el valor del jaguar y la astucia de la zorra. Solo él ha juzgado con sano juicio. Seguiremos la pista á Antinahuel.

—Pues sigamos la pista á Antinahuel, lo cual no nos costará mucho, porque debe ser bastante ancha, dijo Valentin alegremente.

Trangoil Lanec movió la cabeza.

—Mi hermano se equivoca. Seguiremos efectivamente el rastro de Antinahuel, pero lo haremos á la manera india.

—¿Cómo?

—Por el aire.

—Muy bien, contestó Valentin estupefacto por aquella esplicacion lacónica; yo no entiendo una palabra.

El jefe no pudo menos de sonreirse al ver la cara singular que puso el jóven.

—Si siguiésemos servilmente por detrás el rastro del Toqui, dijo con tono de condescendencia, como nos lleva dos dias de ventaja, y está á caballo y nosotros á pié, no obstante toda la prisa que pudiésemos darnos, solo en mucho tiempo conseguiríamos alcanzarle, y acaso fuese demasiado tarde.

—¡Caramba! exclamó el jóven, es verdad, no habia reparado en eso. ¿Cómo nos procuraremos caballos?

—No los necesitamos, en las montañas se viaja mas de prisa á pié. Vamos á cortar la pista en línea recta, cada vez que la encontremos examinaremos cuidadosamente su direccion y obraremos siempre así, hasta que nos creamos seguros de encontrar el rastro de la virgen pálida: entonces modificaremos nuestro sistema de persecucion con arreglo á las circunstancias.

—Sí; contestó Valentin, lo que está V. diciendo me parece bastante ingenioso. ¿Está V. seguro, de ese modo, de no estraviarse ya? en una palabra, ¿de no errar el camino?

—Descuide mi hermano.

—¡Oh! completamente, jefe; y siguiendo V. caminando así, á vuelo de pájaro, ¿cuándo piensa V. alcanzar á los que perseguimos?

—Pasado mañana por la noche estaremos muy cerca de ellos.

—¿Cómo! ¿Tan pronto? ¡Es increíble!

—Reflexione mi hermano; mientras nuestro enemigo, que no sospecha que le persiguen, pero que, sin embargo, puede marchar de prisa, anda cuatro leguas por la llanura; nosotros, siguiendo el camino que vamos á emprender, andaremos ocho en las montañas.

—¡Vive Dios! para V. es cosa de devorar el espacio! Obre V. como mejor le plazca, jefe; ya veo que no podemos tener mejores guías que VV. dos.

Trangoil Lanec se sonrió.

—¿Nos ponemos en marcha? repuso Valentin.

—Todavía no, repuso el Ulmen, señalando á su compañero que se ocupaba en confeccionar calzado indio. En el desierto todo sirve de indicio; si llega á suceder que aquellos á quienes perseguimos nos persigan á su vez, las botas de mis hermanos harán que nos conozcan; se las

van á quitar, y entonces los guerreros araucanos serán ciegos, porque tan luego como vean huellas indias, no conservarán desconfianza alguna.

Valentin, sin contestar una palabra, se sentó sobre la yerba y se quitó las botas, movimiento que fué imitado por el conde.

—Ahora dijo el parisiense riendo, supongo que será preciso que las tiremos al rio para que no las encuentren, ¿verdad?

—Guárdese bien, mi hermano de hacerlo, contestó Trangoil Lanec con suma seriedad; las botas deben guardarse. ¿Quién sabe? acaso mas tarde pueden servirnos.

Cada uno de los jóvenes llevaba un morral de piel bastante parecido á las mochilas de los soldados.

Sin hacer observacion alguna ataron las botas á los morrales y se pusieron estos en las espaldas.

Curumilla terminó muy luego su trabajo, y entregó á cada uno de ellos un calzado semejante en un todo al suyo, y que ambos franceses se pusieron al instante.

Terminados todos estos preparativos, se encaminaron presurosos á las montañas, seguidos por César, que formaba la retaguardia.

LXVII.

ARDID CONTRA ARDID.

Tan luego como los chilenos hubieron evacuado la roca, Antinahuel, que solo parecia haberlos dejado marchar con sentimiento, se volvió con aspecto de mal humor hácia el general Bustamante y le dijo:

—Ya he hecho lo que mi hermano deseaba, ¿qué mas quiere?

—Nada por ahora, jefe, á no ser que consiente V. en marchar tambien por su lado, lo cual creo que seria lo mejor.

—Mi hermano tiene razon; ya para nada servimos aquí.

—En efecto, para nada; solo que, puesto que en lo sucesivo estamos libres en nuestras acciones, si mi hermano consiente en ello, nos trasladaremos á la choza del consejo con el fin de formar un plan de campaña.

—¡Bueno! contestó el Toqui maquinalmente siguiendo con una mirada de odio las últimas filas de los soldados chilenos que en aquel momento desaparecian detrás de un accidente del terreno.

El general le puso resueltamente la mano en el hombro.

El Toqui se volvió bruscamente y dijo con voz seca:

—¿Qué quiere el jefe pálido?

—Decirle á V. esto, contestó el general con frió acento: ¿qué importan treinta hombres cuando puede V. inmolarse millares de ellos? Lo que ha hecho V. hoy, es el colmo de la destreza. Al soltar á esos soldados parece que acepta V. su derrota, y que sintiéndose harto débil, renuncia á toda esperanza de vengarse. De ese modo, nuestros enemigos se harán sobrado confiados, no pensarán en mantenerse en guardia, y si es V. prudente, podrá atacarlos antes de que se hallen en estado de resistirse.

La frente del jefe se desarrugó; su mirada se tornó menos feroz.

—Sí, murmuró como si hablase consigo mismo, hay algo de verdad en lo que dice mi hermano. En la guerra hay que abandonar con frecuencia una gallina para coger mas tarde un caballo. El plan de mi hermano es bueno; vamos á la choza del consejo.

Antinahuel y el general, seguidos del Ciervo Negro, entraron en el toldo donde les aguardaba doña María.

Cuando se hubieron sentado, Antinahuel, mirando á D. Pancho, le dijo:

—Ese jóven que se ha presentado aqui de parte de sus amigos, es un corazon muy grande: ¿le conoce mi hermano?

—A la verdad que no, contestó el general con indiferencia; le vi esta mañana por primera vez; es uno de esos vagabundos extranjeros á quienes los buques de Europa arrojan en nuestras costas para robar nuestras riquezas.

—No, ese jóven es un jefe; tiene la mirada del águila.

—¿Se interesa V. por él?

—Sí, como puede uno interesarse por un hombre valiente, cuando se le ha visto trabajar, y me alegraria de volverle á encontrar por segunda vez.

—Desgraciadamente, dijo el general con una sonrisa irónica, no es muy probable. Creo que el pobre diablo ha tenido tal miedo que se apresurará á abandonar este pais.

—¿Quién sabe? dijo el jefe con aire pensativo.

Y añadió:

—Que me escuche mi hermano, un Toquí va á hablar; que sus palabras se graven en la memoria de mi hermano.

—Ya escucho, contestó el general reprimiendo un movimiento de impaciencia.

Antinahuel repuso impassiblemente.

—Mientras ese jóven estaba aqui; mientras hablaba, yo le examinaba; cuando él creia que su hermano no le veia, le dirigia miradas investigadoras; ese hombre es un enemigo implacable.

El general se encogió de hombros y contestó:

—Le digo á V. que no le conozco, jefe, y aun cuando fuese mi enemigo, ¿qué me importa? Ese vagabundo nunca podrá hacer nada contra mí.

—Nunca hay que despreciar á un enemigo, dijo Antinahuel sentenciosamente; los mas ínfimos suelen ser los mas peligrosos por razon de su misma pequeñez. Pero volvamos al objeto de nuestra reunion. ¿Cuáles son ahora las intenciones de mi hermano?

—Escúcheme V. á su vez, jefe; para en adelante estamos unidos uno á otro por el interés comun. Sin mí V. no puede nada, ó casi nada, y por mi parte, confieso que sin V. me hallo en la imposibilidad de obrar; pero estoy convencido de que si nos ayudamos mutuamente, y nos sostenemos con franqueza, obtendremos en pocos dias magníficos resultados.

—¡Bueno! que mi hermano explique su pensamiento, dijo Antinahuel.

—No trato de regatear con V., jefe, hé aquí el tratado que le propongo: ayúdeme V. francamente á apoderarme de nuevo del poder que se me ha escapado de entre las manos; déme auxilio para vengarme de mis enemigos, y le abandono para siempre, en completa propiedad, no

solo la provincia de Valdivia entera, sino tambien la de Concepcion hasta Talca, es decir, que partiremos en dos el Chile, y le daré á V. la mitad.

Al oír tan magnífica proposición, el semblante de Antinahuel no dejó percibir huella alguna de emocion.

—Mi hermano es generoso, dijo; da lo que no tiene.

—¡Es verdad! contestó el general con despecho; pero lo tendré si V. me ayuda, y sin mí nunca podrá V. tenerlo.

El jefe frunció imperceptiblemente el entrecejo. El general fingió no reparar en ello y continuó diciendo:

—Es cosa de aceptarlo ó de dejarlo, jefe; el tiempo urge; la ocasion perdida es un nuevo obstáculo que nos creamos, jefe. Conteste V. leal y claramente: ¿acepta V., si ó no?

El Toquí apremiado tan bruscamente, se recogió un instante, y luego, volviéndose hácia el general, le dijo mirándole frente á frente:

—¿Y quién me garantizará el cumplimiento de las promesas de mi hermano?

Entonces le tocó su vez al general para quedar desconcertado.

Se mordió los labios, pero reponiéndose casi en seguida, contestó:

—Dígame mi hermano qué garantía exige.

Una sonrisa de una espresion indefinible arqueó los labios de Antinahuel.

Hizo una seña al Ciervo Negro.

Este se levantó y salió de la choza.

—Aguarde mi hermano un instante, dijo el Toquí impassiblemente.

El general se inclinó sin contestar.

Al cabo de diez minutos volvió á entrar el Ciervo Negro.

Le seguía un guerrero auca que llevaba una especie de mesa coja, hecha apresuradamente con pedazos de madera mal labrados.

Sobre la mesa colocó silenciosamente el Toquí un papel, pluma y tinta.

El general se estremeció al ver aquello. Estaba cogido en un lazo.

¿Dónde y cómo se habian procurado los aucas los diferentes objetos que mostraban? No pudo adivinarlo por mas que hizo.

Antinahuel tomó una pluma, y jugando maquinalmente con ella, dijo:

—Los rostros pálidos tienen mucha ciencia; saben mas que nosotros, pobres indios ignorantes. Mi hermano no duda que he frecuentado la compañía de los blancos; así, pues, conozco varias de sus costumbres, poseen el arte de estampar sus pensamientos en el papel. Que mi hermano tome esta pluma y me repita aquí, dijo designando con el dedo la hoja de papel blanco, lo que acaba de decirme. Entonces, como conservaré sus palabras, no podrá llevárselas el viento, y si algun dia le falta la memoria, entonces será fácil volverlas á encontrar. Por lo demás, lo que pido á mi hermano nada tiene que pueda humillarle: los rostros pálidos obran siempre así entre ellos.

El general cogió la pluma y la mojó en la tinta.

—Puesto que mi hermano desconfía de mi palabra, dijo con tono resentido, estoy dispuesto á hacer lo que desea.

—Mi hermano ha comprendido mal mis pala-

bras; contestó Antinahuel; tengo en él la mayor confianza y no es mi propósito en manera alguna injuriarle; solo que yo represento á mi nacion; si mas tarde los Ulmenes y los Apo-Ulmenes de las cuatro Uta-Mapus, me piden cuenta de la sangre de sus mosetones, que correrá como agua en esta guerra, aprobarán mi conducta tan luego como yo les enseñe ese collar sobre el cual estará trazado el nombre de mi hermano.

D. Pancho vió que no le quedaba escapatoria; comprendió que mas valia someterse desde luego, puesto que llegado el momento de cumplir su promesa, sabria muy bien encontrar algun medio para dispensarse de hacerlo.

Volviéndose entonces hácia Antinahuel, le dijo sonriendo:

—Corriente, mi hermano tiene razon, quiero hacer lo que desea.

(Se continuará).

GUILLERMO.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO MARCO

D. MARTIN PETREA.

(Contin.—V. el n.º 68).

—¿Sabeis D. Tomás, decia D. Ramon, que el calor se va echando encima? Aunque vos no lo experimentaréis tanto, porque acostumbrado al clima de las Antillas....

—Teneis razon; allí el calor es mucho mas fuerte.

—Sí, ya lo sé; como que en mi juventud estuve un año en Cuba; y á la verdad, que siempre que me acuerdo de aquella época, siento un placer inesplicable. Decidme, ¿pero cómo es que no conocisteis al capitán Montenegro en Puerto-Príncipe?

—Ya os he dicho que nunca le oí nombrar.

—Pues ese fué uno de mis mejores amigos y á él debo la vida. Me acuerdo que en una cacería un jabalí enorme mató á mi caballo, y al caer este me cogió una pierna debajo, de modo que no me dejaba levantar, y el horrible animal....

—¡Ay tío! qué miedo! exclamó Elena.

—Y el horrible animal, continuó el viejo, iba á destrozarme con sus colmillos, cuando Montenegro se lanzó sobre él y le clavó su cuchillo en el corazon. ¡Oh! era todo un valiente!.... ¿Y no conocisteis tampoco á D. Luis de La Fuente?

—Tambien me es completamente desconocido, respondió D. Tomás, á quien fastidiaban estas preguntas que el tío de Elena le dirigia á cada momento, pues eran en él como una pesadilla.

D. Ramon siguió enumerando una larga série de amigos, haciendo hostezar al comerciante; en cuanto á Elena, no le escuchaba, porque Manuel se habia aproximado tanto á ella, que oia sus pasos al crujir sobre la arena. El corazon de la doncella latia con violencia, y un rubor delicioso cubria su semblante. El jóven apresuró el paso, y al pasar junto á D. Tomás, le saludó respetuosamente. Elena quiso ocultar su turbacion volviendo la cara á otro lado.

— ¿Quién es ese jóven? preguntó con curiosidad D. Ramon.

— Mi escribiente, contestó D. Tomás.

— Tiene cara de ser muy despejado: ¿es napolitano?

— No, es de Puerto Principe; pero hace unos diez meses que llegó á Nápoles, y desde entonces está en mi casa.

— Si no se hubiera alejado, os rogaría que le llamarais, y le haría algunas preguntas sobre mis amigos, á ver si por casualidad los conocia.

— Tal vez luego le veamos, y entonces le llamaré.

El corazón de Elena latió con violencia, pues estaba segura de que su amante volvería solo por verla; y entonces ¿podría dominar su emoción lo bastante para no escitar las sospechas de su tío ni de D. Tomás? Efectivamente, Manuel volvió á aparecer al poco rato ya de vuelta.

El comerciante le hizo señas de que se acercara; el jóven obedeció y repitió su saludo respetuoso.

— Decidme, le preguntó D. Tomás, ¿habeis escrito á Roma como os encargué?

— Si señor, ya está corriente.

— Aunque hablais bien el italiano, sin embargo, se nota en vuestro acento algo que indica que no sois de aquí, dijo D. Tomás deseoso de llegar á la cuestión que tanto apelecia.

— Efectivamente, contestó el jóven; mi patria es Cuba.

— Hermoso país es ese; yo también he estado en él, y allí he dejado varios amigos, particularmente en Puerto Principe.

— Justamente de allí soy yo.

— ¡Qué casualidad! entonces tal vez los conozcais; el capitán Montenegro.... D. Luis de La Fuente.... D....

— El nombre del primero no me es desconocido; aguardad.... sí, debe ser el mismo.

— ¡Ah! ¿le conocéis? Decidme, ¿y cómo está? Seguirá tan franco y valiente como siempre, ¿no es verdad? preguntó el viejo con entusiasmo.

— No he tenido ocasión de verle mas que una vez, y os confieso que me encantó.

Durante la conversacion de D. Ramon con Manuel, D. Tomás afectando un aire apasionado y lanzando un suspiro, trató de hacer por centésima vez una declaración á Elena; pero la jóven al escuchar sus primeras palabras, escitada su antipatía hácia él con la presencia de su amante, hizo tal gesto de disgusto, que la voz de aquel se cortó en la garganta y dió un paso atrás. El orgullo de D. Tomás era muy grande, y por eso, arrepentido al instante de su movimiento, quiso hacer como que no comprendía el desprecio que le acababa de hacer la sobrina de D. Ramon y mudó de conversacion.

El tío de Elena cada vez mas entusiasmado con las noticias que le daba el jóven de su amigo, le abrumaba á preguntas.

D. Tomás se acercó á él y le dijo en voz baja:

— Quisiera deciros dos palabras.

D. Ramon pareció volver de un sueño; se trasladaba del pasado al presente, de la existencia jóven y activa de antes á la anciana y pesada de entonces; perdía en el cambio, y por eso lanzó un suspiro, que revelaba su desdicha.

Todos nuestros recuerdos, aun cuando sean de acontecimientos desgraciados, se nos presentan

rodeados de una aureola de felicidad, y tal vez en la época de su existencia causaron en nosotros horribles padecimientos. D. Ramon tenia presente su juventud, las emociones de la caza y las aventuras de amor cuando su sangre corría ardiente y veloz por sus venas, cuando sus cabellos eran negros, y en fin, cuando sus miembros estaban sueltos y ligeros; por un momento creyó hallarse en aquella época y que iba á ver á sus amigos, manía que siempre habia tenido; mas la voz de D. Tomás obró en él una reacción que le trasladó del pasado al presente.

— ¿Quereis hablarme? le preguntó; bien, quedémonos detrás y podréis hacerlo.

— Si, con precision; Manuel, dijo en el mismo tono que antes, haced el favor de dar el brazo á esta señorita, y procurad estar á cierta distancia de nosotros de modo que no oiga lo que hablamos este caballero y yo.

El jóven se apresuró á obedecer; ¡era tan grata su comision!

D. Tomás cuando vió que los dos amantes estaban bastante apartados, preguntó á D. Ramon:

— ¿Cómo van mis negocios? habeis comunicado ya á vuestra sobrina mis intenciones?

— Cabalmente yo también queria hablaros de eso, si señor; Elena sabe ya que la honrais casándoos con ella, y acepta gozosa....

— Pues poco se conoce, Sr. D. Ramon, porque ella me desprecia, y aun esta tarde he tenido ocasión de observarlo cuando estabais hablando con Manuel.

— Yo os diré.... mi sobrina es tímida, y lo que creéis en ella un desprecio, es seguramente ese pudor que tienen todas las jóvenes cuando del estado de doncellas van á pasar á los deberes de esposas.

— Tal vez sea así, dijo D. Tomás, que no podia conformarse con la idea de ser despreciado por nadie, ni aun por una mujer.

— No lo dudeis, Elena desde su infancia está á mi lado, y puedo aseguraros que nunca ha escuchado palabras de amor; ya se ve, como este lenguaje es nuevo para ella, ahora cuando lo oye de vuestra boca, se turba y no sabe qué responder.

— Teneis razon; ¿y qué dijo cuando supo que yo habia pedido su mano?

— Al principio, como era natural, se resistió; pero luego....

— Si os he de decir la verdad, aun no la he hecho una declaración formal y tal vez esta sea la causa de que no me muestre su afecto.

— Es claro, hacedlo cuanto antes; mirad, dentro de una semana voy á dar un baile como despedida á la estacion, y en él podeis declararos; veréis como cambia al instante y os muestra su corazón; ¡cómo querais que lo hiciera si aun no la habeis inspirado confianza!

Manuel y Elena, mientras tanto, hablaban apasionadamente, porque no temian ser escuchados.

— Manuel, decia la jóven, qué corta es nuestra felicidad. Esta mañana me ha dicho mi tío que quiere casarme.

— ¿Y tú accederás, alma mia? darás al olvido tus juramentos?

— No, nunca.

— Dime, ¿y quién es ese que quiere arrebatarme la vida?

— ¡Ah! bastante le conoces, pero no hablemos mas de él.

— Si, nóbramelo, Elena, ¿quién es?

— Me juras que aparentarás ignorarlo siempre y que al estar á su lado no le mostrarás tu indignacion.

— Mucho pedir es eso, Elena.

— ¡Ah! qué poco me amas!

— Bien, te lo juro, habla, quien es.

— Ese que ahora va con mi tío.

— ¡Cómo! ¿D. Tomás? ¡Dios mio! La cabeza se me arde. ¿Con que es él?

— Por Dios, Manuel, disimula, no vayas á hacer que nos separen para siempre; quien sabe, tal vez todo se arregle á medida de nuestros deseos. Ahora procura introducirte en casa de mi tío y así tendremos ocasión de vernos con mas frecuencia.

El comerciante y el tío de Elena se acercaron á los dos jóvenes, que en seguida que se apercibieron de su presencia suspendieron su animada conversacion, y Manuel tomó un aire de candidez propio para no escitar ninguna sospecha. D. Tomás se despidió diciendo que tenia que hacer algunas diligencias y D. Ramon siguió preguntando á Manuel pormenores acerca de sus amigos de América. Cuando se retiraron del paseo el jóven acompañó á Elena y su tío hasta su casa. D. Ramon le pidió encarecidamente que le visitara; ¡tenia tantas ganas de hablar de su juventud! Manuel, procurando ocultar su alegría, prometió al viejo su visita para el día siguiente.

CAPÍTULO V.

Manuel cumplió su palabra á D. Ramon y fué á verlo. El viejo quedó encantado de su franqueza y sobre todo por la paciencia con que le escuchaba.

— Lástima que su fortuna no corresponda á su talento, decia, porque entonces seria atendido y admirado por todos.

El tío de Elena no podia pasarse sin su compañía; iba con él á todas partes siempre que estaba libre, y no cesaba de preguntarle algo sobre sus amigos de América. A pesar de todas estas muestras de aprecio, Manuel suspiraba porque conocia que Elena no podia ser suya. D. Ramon no consideraba feliz á su sobrina, sino casándola con un hombre rico como D. Tomás, y el jóven estaba muy lejos de serlo; no habia conseguido en su amor desde su entrada en la casa, sino ver á Elena con frecuencia, aunque casi siempre delante de su tío. Los obstáculos que hallaba en su amor le hacian experimentar mil tormentos.

— ¿Qué me importa la existencia sin ella? decia el jóven, cuando la idea de su amor le atormentaba mas, qué me importa? aventurémonos todo, y quién sabe....

D. Ramon ama á su sobrina y no querrá su infelicidad; si, nos arrojarémos á sus piés y podremos que escuche nuestras súplicas.

El tío de Elena fijó el día del baile para un domingo.

Numerosos convidados fueron á casa de D. Ramon. En las salas, alumbradas con profusion, paseaban los principales personajes de Nápoles. Manuel, convidado también, vagaba de un lado á otro sin atreverse á acercarse á su amada. Elena estaba radiante de hermosura á pesar de su pali-

dez. D. Tomás, sentado á su lado, la juraba que nunca habia estado tan bella.

—En verdad, Elena, que estais encantadora, la decia, procurando dar á sus palabras un acento apasionado.

—Y vos muy adulador, respondió la jóven que se veia obligada á su pesar á aparentar una amistad que realmente no sentia.

—Bien sabeis que lo que digo sale del corazon, Elena; dichoso aquel á quien esos ojos preciosos concedan una mirada de amor.

La jóven miró á Manuel que no estaba muy lejos. Si D. Tomás hubiera sabido su amor por su escribiente, ¿qué mejor respuesta podia dar á sus palabras?

—Decidme, hermosa Elena, ¿no habeis abrigado nunca ningun pensamiento de amor?

—¿Por qué me lo preguntais?

—Porque en caso de que así fuera, reventaria de celos; la causa es que yo os amo, Elena, y si no correspondeis á mi pasion.....

Elena hizo un gesto de fastidio que D. Tomás no percibió; pero que Manuel, que sentado á alguna distancia la observaba, vió al instante.

En la mente del jóven empezó á germinar una idea para librar á su amada de D. Tomás y poder acercarse á ella. Levantóse de su asiento y se dirigió hácia un grupo en donde estaba D. Ramon empacotado en su frac negro y su corbata blanca. Acercóse á él y tocándole ligeramente en un hombro, le dijo:

—¡Hola! Sr. de Poccia.

—Apreciable jóven, no os habia visto aun esta noche; ¿qué tal os va? le preguntó el tío de Elena.

—Perfectamente; ¿sabeis que el banquero Benvali ha quebrado?

—¿Qué me decis?

—Hace poco hemos recibido esa noticia.

—¡Y yo que tenia algunos fondos en su casa creyéndolos seguros! ¿Pero cómo ha sido eso?

—No puedo deciroslo con exactitud; pero podéis preguntarlo á D. Tomás que creo está muy enterado.

D. Ramon hizo señas al comerciante para que se aproximara. Manuel no tardó en ocupar el sitio vacío que tenia antes su rival.

—¡Elena! exclamó en voz baja.

La jóven, que le buscaba con sus ojos por el salon, se volvió y el placer se retrató en su semblante.

—¡Elena! cuántos dias hace que no te veo ni hablo á solas! ¡Ah! si durara mucho tiempo una situación como esta, yo creo que acabaria con mi existencia. La esperanza de que seremos felices algun dia, me da la vida..... ¡ángel mio!..... y despues del sufrimiento que experimento por no verte, una de tus miradas ó de tus hechiceras sonrisas me vuelve el sér como me sucede ahora.

A tu lado me admiro del modo como se deslizan las horas sin haberlo sentido.

—Lo mismo me sucede á mi, Manuel; ¿pero durará mucho nuestra incertidumbre? estaré acosada por D. Tomás cuyas palabras de amor me hastian?

—Ahora, cuando hace un momento estaba á tu lado, tenia unos celos atroces.

—Bien sabes que no le amo.

(Se continuará).

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas, por J. CASTERA.

(Continuacion.—Véase el n.º 68).

El transporte de los cajones y fardos que contenian los regalos, exigian bastante cuidado: se confió la direccion á la misma persona que los habia hecho pasar del *Hindoustan* á los juncos, sin que experimentasen el menor deterioro. Aunque los marineros de que se servia no podian trabajar sino en un junco á la vez, todos los fardos y cajones, en número de seiscientos, de los que muchos eran pesados, se colocaron perfectamente á bordo de las gabarras en el espacio de dos ó tres dias.

Mientras se hacia esta operacion, los dos mandarines directores del viaje, Chon-ta-zhin y Van-ta-zhin, pasaron varias veces á presencia del embajador, no solo con el objeto de ofrecerle sus respetos, sino para tomar sus órdenes, caso de ofrecérsele alguna cosa.

Tambien hicieron sus visitas de cumplido á las demás personas principales de la embajada. Los mandarines inferiores vigilaban los diferentes *yachts* para que se distribuyesen las provisiones y todo cuanto necesario fuese á todos aquellos que componian la comitiva de su escelencia: así es que iban de uno á otro *yacht* en uno de los *saus-paus*, que son botes cubiertos, pero cuyo fondo es muy plano para que no puedan hacer mucha agua ni zozobrar.

En cada *yacht* habia una mesa aparte para las principales personas de la embajada. Estaba por lo regular servida segun la costumbre del país y algunas veces con todos los requisitos que la moda lleva consigo. Algunas veces imitaban con bastante habilidad la cocina inglesa.

Los chinos preparaban casi todos los platos en estofado, pero cortan la carne en pequeños trozos cuadrados y sazonadas las salsas con muchas especias, les dan un gusto muy distinto. El plato mas abundante en la China es el buey y el carnero; tambien es comun las aves parecidas algun tanto á las de Europa. Entre los articulos mas queridos y considerados como mas delicados, son las calabazas, tiburones y una especie de golondrinas de las que ya hemos hecho mencion al principio de esta obra. Estas dos cosas son de mucha grasa y jugosas; y para que sean buenas realmente, es preciso que se las condimente como las tortugas, con salsas de mucha especia. Queriendo sin duda obsequiar y escitar el gusto de los ingleses, dieron orden los mandarines para que asasen piezas grandes para la comida, como gallos de Indias, gansos y lechones enteros. Esta manera de presentar aquellos platos no parecia usarse entre los chinos, y así fué que los cocineros que se encargaron de ejecutarlo les salió bastante mal. No conocian otra manera de cocer el pan que la que tenian para cualquier vianda: no habia un solo horno en toda aquella parte del imperio. Por lo general, en lugar de pan se comia arroz ú otro cualquier grano cocido. Cuando se cocia el arroz crecia considerablemente, y esto decian que facilitaba la digestion, como la fermentacion de la patata facilita la del pan.

En muchas provincias de la China se recoge

trigo, así como otra clase de grano llamado *trigo sarraceno* (1), cuya harina bien tamizada está perfectamente blanca y sirve á los chinos para hacer tortas que cuecen al vapor del agua hirviendo: para esto, pues, se colocan los trozos de pasta arrollados en un enrejado de varios pisos, fijo en un cajon que no está abierto sino por debajo. A este cajon se le pone debajo una vasija con agua hirviendo, el vapor pasa á través del enrejado y con poco trabajo se hacen tortas con una corteza fina y blanda. Sin embargo, tales como se presentan cuando se cortan en trozos, y cuando se les pone á cocer, reemplazan bien al pan ordinario.

Se habia enviado á cada *yacht* jarros con una especie de vino amarillo, parecido al aguardiente. Este estaba mejor fabricado que el vino, porque en general era turbio, de un gusto comun y que se agriaba pronto. El aguardiente era fuerte, claro y pocas veces tenia sabor empi-reumático. En las provincias septentrionales se le hace con mijo, y en las meridionales con arroz. El que se daba á los ingleses era algunas veces tan fuerte, que su prueba estaba por encima de la del espíritu de vino. Los chinos llaman al aguardiente *show-choo*, es decir, vino ardiente.

Se les suministró al mismo tiempo á los ingleses las provisiones de frutos, tales como manzanas, peras, camuesas, uvas, albaricoques y naranjas. Los melocotones los presentaron como llegados de Pekin, en cuya ciudad se agrega probablemente á la cultura de este fruto mas cuidado que en las provincias. Tambien se les dió té verde y té bueno en abundancia: el primero venia de la provincia de Kiang-Nan, y el otro de la de Fo-Chien, que una y otra se hallan á algunos grados al mediodia de Pei-Ho. No obstante, el té era muy fresco para el gusto inglés, y se oia algunas veces desearse el té de Londres. La provincia de Fo-Chien produce tambien azúcar candé y azúcar ordinaria, pero no en panes. Aunque el azúcar de la Cochinchina bien cristalizada y en forma de tortas se conozca muy bien, no parece que se hace mucho consumo de ella en la China.

Dieron con abundancia todo lo que podia necesitarse, no solamente á los principales personajes agregados á la embajada, sino á los obreros, soldados y criados de la comitiva del embajador. Los chinos desplegaron una gran magnificencia y nada escasearon para tratar dignamente á la embajada.

Muchos mandarines tenian el encargo de acompañarles y se les aumentó el sueldo en esta ocasion. Una multitud de chinos de categorias inferiores se les destinaron para su servicio. En todos los sitios donde los *yachts* se detenian, las tropas presentaban las armas, y en los puntos por donde tenian que pasar, se observaban los preparativos que se habian hecho en su obsequio y honor. El emperador quiso pagar él solo todos aquellos gastos extraordinarios, así como los que se originaron para las provisiones de todas clases que se suministraron á los ingleses. Este príncipe tenia la gran idea, que todo el imperio era su propiedad y su morada particular, y que seria faltar á la hospitalidad el sufrir que un huésped fuese á gastar, y aun á obligarle á mantener á su comitiva mientras permanecia en su casa. Además los chinos consideran á un em-

(1) Especie de trigo negro.

DIVERSOS JUEGOS DE LA MUJER.



Cuando joven, juega con los muñecos.

bajador como un huésped que ha venido á visitarles.

Las órdenes del emperador se ejecutaron estrictamente. Una de las personas agregadas á la embajada habia hecho comprar algunas frioleras para su adorno; pero cuando quiso entregar el importe al mandarin que habia hecho esta compra, aquel manifestó que no se atrevia á aceptar su importe y al mismo tiempo lo puso en cuenta al emperador. Lo que recomienda aquel principe es siempre, y en todas ocasiones, acogido con mucho respeto, y seguido con una puntualidad que prueba que el que falta, raras veces puede librarse de sufrir un castigo igual á la ofensa. La autoridad del gobierno está en ocasiones particulares delegada á los primeros mandarines: los ingleses tuvieron la prueba al ver al jefe de sus conductores despedir á uno de los empleados que estaba á sus órdenes porque habia cometido una leve falta.

Mientras que el yacht del embajador se detuvo delante de Ta-Coo, recibió una visita del virey de provincia y fué á devolvérsela. Este comandante habia dejado por orden del emperador á Pao-Ting-Foo para venir á cumplimentar al embajador en el momento de entrar en el territorio chino, y

hacer por él todo cuanto fuese necesario. Este virey era el hombre de mas categoría que el embajador habia visto en China hasta entonces: tenia maneras muy corteses y carácter amable; bastante avanzado de edad, era noble y venerable. Cuando recibió al gobernador estuvo muy cortés y atento, pero sin esas formas contraidas, y ceremonias particulares que se emplean algunas veces en China entre las personas de categoría desigual, y que se cree poder suplir al sentimiento y á la educacion. Hay, por ejemplo, formalidades minuciosas y cansadas que se encuentran descritas en muchas relaciones y que se dice que son observadas por los chinos cuando hacen servir el té á los que les visitan; pero estas no tuvieron lugar en esta ocasion y el virey pareció haberlas olvidado. Todo lo que podemos nosotros hacer notar sobre el modo de servirse el té en su casa, es el que se ponía en tazas cubiertas y los platillos eran oblongos. Además se le hacia infundir en cada taza separadamente; las hojas se quedaban en el fondo de las tazas, y el dueño de la casa, si no los convidados, encontraba aquella simple infusion preferible á la mezcla que tenemos costumbre de hacer con la crema y azúcar.

El virey habia establecido su residencia en el principal templo de Ta-Coo, consagrado al dios del Mar, cuya proximidad, sin duda, hacia que continuamente se hiciesen votos á aquella divinidad. Los chinos le dan el nombre de *Toong-Hay-Vaung*, es decir *rey del mar oriental*. Se ven muchas figuras de este dios en algunos hermosos edificios, de porcelana, colocados en el primer circuíto.

Estaba representado sobre las olas con arrogancia, libertad y dignidad, y aunque su mano no estaba armada del tridente, para representar las señales de la vasta y profunda mar, no parecia tener menos seguridad, porque en una mano sostenia una piedra iman, y en la otra un delfín, signo de su poder sobre los habitantes de las aguas. Su barba caida sobre su pecho y sus cabellos en desórden, parecian indicar que se habia querido personificar en él el tempestuoso elemento sobre que reinaba.

La confianza que un dios parece tener en una piedra iman, demuestra bastante bien el conocimiento de las propiedades de que este metal está unido á las doctrinas mitológicas de los chinos, y cuán antigua es la época en que aquel descubrimiento fué aplicado á la navegacion.

DIVERSOS JUEGOS DE LA MUJER.



Quando niña, juega á las muñecas.

Aquellos que, según muchos de los antiguos autores, y después de la facilidad con la que los trozos de hierro colocados de cierta manera, adquieren cualidades magnéticas, suponen que esas cualidades se conocían desde hace mucho tiempo en Europa, y opinan al mismo tiempo, que el tridente de Neptuno es menos una varita magnética, que un emblema del poder que tiene el iman de dirigir con certeza el camino de los navegantes.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

FOR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERE.

(Continuacion.— Véase el n.º 67).

Dime prisa á vestirme, y en seguida recorrí á mi capricho, aunque guiado por un criado de la posada, que mas parecia un mendigo que un intérprete, los muelles, las plazas, los jardines y los palacios de Florencia.

Los dos primeros dias que permanecí allí, no fueron mas que un prolongado deslumbramiento. En pocos dias estaba ya bastante familiarizado con los muelles del Arno, las avenidas de los *Cacinos*, las galerías, las iglesias y los palacios de nombradía, para no tener necesidad de que me guiaran. En cuanto al idioma, lo hablaba bastante correctamente, aunque con un acento muy latino, gracias al Dante, al Petrarca, á Alfieri y á Monti, cuyos versos habia leído mil y mil veces. Solo que por mi acento debían tomarme por un toscano de biblioteca, que no habia puesto los piés en la calle ni hablado con ningun viviente, dándole al idioma moderno las construcciones y la pronunciaci6n que tenían y empleaban los antiguos: era mas bien un libro que un hombre; pero la finura de mi oido me transformó bien pronto en un toscano del presente siglo. En aquella jaula de ruiseñores, la música del idioma penetraba por todos mis poros, por cuya razon no tardé en olvidar la rudeza del idioma francés.

XXXII.

En el aislamiento completo en que me encontraba en aquella tierra extranjera, no sentía nin-

guna necesidad de entrar en relaciones sociales. Sin embargo, después de haber vagado solitariamente algunos dias por las calles y los campos de Florencia, recordé que tenia algunas cartas de recomendacion en mi baul; y hubiera deseado no tenerlas, porque el embarazo de presentarlas sobrepujaba con mucho en mi espíritu la distraccion que podia esperar de aquellos nuevos conocimientos. He sido siempre sumamente tímido al verme entre personas desconocidas; y á la edad de diez y nueve años mi timidez era excesiva; pero la impolítica de volver dichas cartas á los que me las habian dado, sin haber hecho uso de ellas, me obligaron á presentarlas á pesar mio. Además otra circunstancia fué la que me impulsó, violentamente por decirlo así, triunfando de la repugnancia que tenia en declinar mi nombre en las puertas y antecámaras de los palacios.

Una mañana entré en la famosa iglesia de *Santa Croce*, que es una especie de *Campo Santo*, ó cementerio monumental de Florencia, ó como dicen los ingleses, el *Westminster* de los toscanos.

Era medio dia; el sol calentaba el polvo de la desnuda y desierta plaza que precede á aquella iglesia sin fachada. Habia entrado mas bien para buscar la sombra que para visitar las está-

tuas y los cuadros; porque era tanto lo que habia visto, que ya no miraba nada; mis ojos estaban cansados y mi espíritu saturado.

La iglesia estaba tan desierta como la plaza; no se veian mas que las sombras de las columnas, prolongándose inmóviles y sombrías sobre las baldosas, y no se oia mas que ese ruido repercutido de los pasos de los viajeros que erraban bajo las bóvedas, único rumor que nos hace pensar que existimos en esas grandes catacumbas, donde no se encuentran mas que mármoles tan frios como el frio de la muerte. Asi, pues, me adelanté lentamente de arcada en arcada, descifrando, con la ayuda del indicador de los monumentos de Florencia, las inscripciones grabadas en los zócalos de los mausoleos. Allí reposan todos los grandes hombres de la república, como Galileo, Maquiavelo y otros, á escepcion del Dante, que yace como desterrado en una encrucijada de Rávena; por lo tanto, consagré un recuerdo, un momento y una conmemoracion de piedad y entusiasmo de jóven estudioso á cada una de aquellas sombras, mas vivientes tal vez en el pensamiento de los siglos que pasan sobre sus cenizas, que en el pensamiento de sus compatriotas y contemporáneos.

XXXIII.

Un monumento mas elevado y mas vasto que los otros, hacia algunos instantes que atraia mis miradas hácia la derecha del centro de la iglesia, hasta que por último me llegué hasta él, y leí inscrito en letras de bronce dorado la siguiente inscripcion: *Aloysia, comtesse d'Albany, née comtesse de Stolberg, à Vittorio Alfieri*; y mas abajo: *Canova sculpsit*. A estas palabras el libro se me cayó de las manos, y me quedé inmóvil y absorto contemplando aquella tumba. El Phidias veneciano ha representado allí la Italia romana, es decir, la Italia viril y severa, llorando, con una corona deshojada en la mano, sobre el medallón de su poeta. Entonces creia que Alfieri era un poeta; estaba en esa edad en que se adora un nombre sin saber si la adoracion es merecida. Habia comprado algunos años antes en Lyon una edicion en doce volúmenes de ese Corneille italiano, publicada en Milan, que contenia sus catorce tragedias; y era tanto lo que las habia hojeado, que las cubiertas hechas pedazos no permitian ya que se leyeran los títulos de ellas: habia leído tambien sus memorias que acababan de ser publicadas por la condesa de Albany, poco tiempo despues de la muerte de su amigo. Como poeta, como amante y como ciudadano, el conde de Alfieri era para mi una triple ilusion de mi juventud, que no se habia disipado aun por medio de la mas pequeña reflexion. Era á mis ojos el hombre del siglo, el hombre de la pasion y la libertad, el último de los romanos, una especie, en fin, de Brutus poético, que escribía con la punta de su puñal sonetos á su Beatriz, las páginas de Tácito y las imprecaciones de Maquiavelo contra la tiranía.

Por estos tres títulos, creia deberle un culto á su nombre, cuando su muerte reciente y prematura, y su tumba que acababa de cerrar el amor, ilustrada además por una obra maestra del inmortal Canova, hicieron que se acreciese mi emocion al aspecto inesperado de aquel sepulcro.

Por la primera vez de mi vida, conocí el sentimiento de la gloria, y me pareció que estaba bien empleada toda la vida de un hombre con tal de merecer una tumba como aquella. ¡Ay! no sabia aun que el mármol no da mas calor que la yerba que crece sobre una modesta sepultura; que ningun rumor llega á turbar el reposo de los que duermen en las entrañas de la tierra; que la última de nuestras vanidades es la vanidad del recuerdo que queremos legar á la humanidad, y que el verdadero juez de nuestras obras en este mundo no es la gloria, sino la conciencia. ¿Pero qué sabemos antes de reflexionar maduramente sobre las cosas?

XXXIV.

Sea lo que quiera, lo cierto es que estuve sentado muchas horas al pié del monumento de Alfieri, meditando sobre la majestad de aquella tumba, y concibiendo la vaga emulacion de consagrar mi vida á levantarme yo mismo una tumba ilustre. ¡Sueño infantil, del que ya estoy desengañado! La tumba mas ignorada oculta entre la yerba, sin que la decore el mármol y sin que ninguna inscripcion la señale, es la mas apetecible. ¿Por qué dejar sobre una tierra rastros que concluyen por desaparecer? La muerte es el olvido; luego con retardarlo por algunos años, no se deja de morir. ¡No hay medio de destruir nuestra mezquindad; ni aun la vanidad puede engrandecerla! Por lo tanto, mas vale aceptar nuestra pequeñez en el mundo, que luchar ridícula y personalmente con un imposible. Entonces no pensaba así y la marmórea tumba de Alfieri, esculpida por Canova y contemplada por todo Florencia, me parecia una apoteosis, capaz de recompensar toda una vida de trabajo, de virtud y de genio. Ante aquel monumento me embriagué con el pensamiento de la inmortalidad.

De pronto el nombre de *Aloysia de Stolberg, condesa de Albany*, me recordó que tenia en mi maleta una carta de recomendacion para una señora que llevaba el mismo nombre y que no habia presentado aun. Mi semblante debió sonrojarse instantáneamente, y mi corazón palpité de emocion al pensar que iba á ver á aquella mujer célebre, cuyo nombre habia despertado en mi memoria la inscripcion de aquella tumba.

¿Quién no ha leído las memorias de Alfieri? ¿quién ignora su pasion, su culto y su poética idolatria para la que llama *la mia donna*, otra *Laura* de ese segundo Petrarca, otra *Beatriz* de ese otro Dante, y otra *Vittoria Colonna*, de ese segundo Miguel Angel? Ella sobrevivía al poeta y habitaba Florencia: estaba á algunos pasos de su palacio; tenia un acceso natural y casi obligatorio cerca de ella; y desde aquella misma noche podia ver á aquella cuya beldad, corazón, aventuras, desgracias y gloria poética habian preocupado en tan alto grado mi juvenil imaginacion. El deseo de conocer á aquella mujer histórica pudo mas que mi timidez: salí apresuradamente de *Santa Croce* y entré en mi posada para buscar entre mis cartas de recomendacion la que estaba dirigida á la condesa de Albany.

XXXV.

Sabido es que la condesa de Albany era la viuda del último de los Stuardos, pretendientes de

la corona de Inglaterra. Aquel príncipe, que desterrado en Roma por las revoluciones de su país, se habia casado, aunque algo tarde, con la jóven y hermosa condesa de Stolberg, hija de una casa ilustre de la Bélgica alemana. Aquella encantadora jóven, trasformada en reina legítima de la Gran Bretaña, habia consolado á su esposo durante algunos años de sus desgraciadas expediciones en Escocia y de su completa caida de trono. Retirado en Roma y viviendo en el ocio sin objeto alguno, dícese que buscó en la embriaguez el olvido de su inútil heroísmo, de su rango perdido y de su avanzada edad. El conde Alfieri se habia compadecido de los infortunios de aquella jóven olvidada y ofendida muy á menudo por un esposo embrutecido, y su culto poético consoló á aquella desgraciada víctima de la indiferencia del hombre á quien se habia unido.

El papa, á petición del cardenal de York, hermano del pretendiente, habia separado con su poder á la condesa de Albany y su esposo; y ella se retiró por algun tiempo á un convento de Roma, en donde vivió bajo la soberana proteccion del pontífice y el cardenal de York. Por último, logró evadirse de Roma contando con la tácita tolerancia del papa, y viajó por España, Francia y Alemania: Alfieri se encontró siempre en su camino. En fin, el pretendiente murió en Roma mas bien de tristeza y de hastío que de otra cosa, y la condesa de Albany quedó libre desde entonces. Recibia una pension de Inglaterra, y si no podia dejar el nombre que llevaba, en cambio podia disponer de su mano, por lo que se casó con el poeta que hacia ya largo tiempo que poseía su corazón.

(Se continuará).

DESCRIPCION DEL CÁUCASO

ESCRITA EN RUSO

POR EL CONDE SOLLOGUBE

TRADUCIDA DE DICHO IDIOMA AL CASTELLANO

Por M. A. DE ERRO.

La influencia que ejerce la localidad en la historia, está suficientemente reconocida y demostrada en todas partes; pero no hay país alguno en donde esta verdad se halle tan palpable y manifiesta á la simple vista como en el Cáucaso. Esta verdad encierra en sí el misterio de esas crónicas confusas sobre la causa de muchas dificultades que ha encontrado el gobierno ruso para establecer allí la organizacion del resto del imperio; en una palabra, en esta verdad está la clave de esos contrastes perpétuos que forman el carácter distintivo de toda esta region. Y en efecto, allí se encuentra con frecuencia la miseria en medio de una riqueza inagotable y á veces fabulosa; la paralización del desarrollo intelectual entre seres dotados de las mas brillantes cualidades de la inteligencia, y crímenes espantosos entre hombres dóciles á la voz del honor. Es desagradable ver allí aun campos fértiles sin demarcacion de propiedad; ríos cuyo curso se embaraza en vez de facilitarlos; habitantes nómadas, industria que no se encamina á su perfeccion, valles fértiles y estepas áridas, habitantes estenuados por la fiebre en jardines floridos, nieves eternas y fuegos inestinguibles; todos estos con-

trastes instruyen al fin á la mas grosera ignorancia y dan sábias lecciones á las naciones que no las poseen escritas.

Pero todo esto, que es casi incomprendible, inconexo y contradictorio, se explica únicamente por el conocimiento de la localidad, de la formación geográfica justa y precisa de esta region, en donde la naturaleza generosa prodiga sus dones en un lado, al mismo tiempo que niega el goce de ellos en el otro.

El Cáucaso está dividido por la naturaleza en tres partes distintas, á saber: en Ante-Cáucaso, que continuando las estepas de la Rusia meridional, se estiende ancho y unido hasta el pié de los montes; en Cáucaso, es decir, en una estension que ocupando la cima central, se prolonga hasta la cordillera de Andi, y en Trans-Caucasia.

La cima central del Cáucaso domina como un gigante la region entera, eleva hacia el sud toda la superficie de la tierra, arrastra corrientes impetuosas, altera los climas, limita repentinamente las poblaciones y estiende por todas partes su terrible grandeza en una estension de mil y cien werstas (1), que hay desde Taman á Baku, á través de un istmo entre los dos mares. Se concibe fácilmente la influencia que debe ejercer este aspecto colosal en todo lo que le rodea: la naturaleza y los habitantes estan sometidos á su influencia, la cual les imprime un sello particular. En el Cáucaso todo proviene del monte, el origen y la razon; el Cáucaso se explica únicamente por el Cáucaso.

Para convencerse de la importancia que tiene la cordillera del Cáucaso en todo el país, bastará hacer de él un ligero bosquejo.

Grande es el aspecto de la naturaleza cuando por su misma grandeza no permite que observemos ni comprendamos á la simple vista las leyes que la rigen; nuestra imaginacion no puede figurarse en el conjunto de sus líneas, países montuosos de alguna estension, sin cartas precisas y detalladas.

La primera palabra en una publicacion de memorias geográficas sobre el Cáucaso, debe de ser para expresar una profunda gratitud á los oficiales del estado mayor general y del cuerpo topográfico, que han ejecutado en esta region considerables trabajos cartográficos, sin reparar en obstáculos, peligros ni privaciones. Sobre ellos se formaron despues cartas que dieron ancho campo á las investigaciones y confrontaciones de la ciencia. Tambien el coronel O. J. Chodzko terminó grandes trabajos triangulares en toda la region, los cuales se aproximaban mas al fin propuesto y en los que determinaba las diferencias de nivel entre los dos mares, designando mas de seiscientas alturas barométricas y efectos geodésicos. De este modo, por medio de esfuerzos constantes y concienzudos se penetraba en el Cáucaso, colocándole poco á poco en el dominio de los conocimientos humanos, haciéndole accesible á la ciencia y resolviendo áridos problemas geográficos, tanto mas importantes aquí, cuanto que estan intimamente ligados con las circunstancias políticas de la vida del Cáucaso.

La orografía del Cáucaso no se conocia aun hacia el oeste mas que por la parte de Swaneti y de las tierras de la Circasia, y al este por el

(1) La wersta es poco mas de un kilómetro.

Daguestan. Todo lo que se ha conocido últimamente, ó que está próximo á conocerse, lo debemos agradecer á las medidas adoptadas por el gobierno, que aun en medio de los embarazos que le rodean en esta empresa, hace servicios inapreciables á la geografía en esta region.

La ciencia ha obtenido y manifestado así muchos hechos notables en grado superior, que explican la orografía de la region, la cual demuestra á su vez la formación y estado de las naciones caucásicas.

Entre los resultados mas curiosos que se han obtenido, hay que mencionar como uno de los mas importantes, las investigaciones hechas, respecto á los soberanos del país, de esta cordillera gigantesca en la cual se apoya la Rusia como en el pedestal de un coloso.

La cima central del Cáucaso, que forma la principal division de aguas de la region y arrastra hacia ambos lados corrientes y rios, está acompañada hacia el norte por cimas laterales en las cuales hay distribuidas alturas considerables, como el Elbrus y el Kasbek (1). Sobre las cimas laterales hay en muchos parajes alturas que contienen grandes huecos ó abismos en una misma disposicion, como cortados por una fuerza irresistible y separados uno de otro.

Entre el mar Negro y el Elbrus encontramos tres abismos considerables, en los que se hallan las cuencas de Labi, Kuban y Malki. Desde Elbrus hasta Barbalo, segun la observacion del profesor de geografía Abich, estan marcados, á distancia de doscientas cincuenta werstas, cuatro abismos pertenecientes á las cuencas de Baksan, Ardow, Terec y Argun. Desde Barbalo se estiende hacia el este la inaccesible cadena de Andi, que concluye en direccion de la segunda cordillera; hacia la parte del sud se forman dos grandes abismos: el primero, en las montañas del Daguestan y comprende las cuencas de los cuatro kois (2) que se unen al rio Sulak. Este abismo, de figura completamente igual á un nido, sirve de asilo seguro á los Lesguios independientes; pero el segundo abismo de Samur y de sus afluentes, ocupando el Daguestan del centro y el meridional, forma una localidad mas accesible.

El geógrafo Abich ha demostrado que estos abismos se dividen en otros de segunda clase y esta particularidad geográfica se repite en Swaneti y en las tierras de la Circasia, por lo cual merece que se fije mas la atencion en ella, puesto que tiene el nombre y los caracteres de los Andes de América, y que estas particularidades pertenecen casi esclusivamente al Cáucaso, explicando, tanto este como los Andes americanos, aunque separados uno de otro por gran distancia, la vida libre é independiente del habitante de las montañas.

Hacia el sud de la cadena central, que en medio de su altura absoluta se eleva de diez á doce mil piés, se estiende otra cadena paralela, pero bastante mas baja, que empieza en el nacimiento de los rios Iora y Alasan, y concluye cerca de Schemachá.

(1) Algunas noticias sobre la orografía del Daguestan por el profesor de geografía Abich, en el *Boletín* de la clase físico-matemática de la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo, 1847, núm. 135.

(2) Rios del Cáucaso, hay cuatro de este nombre, el koi del Norte, el del Sud, el Blanco y el Negro. Kois en circasiano, significa rio.

Al norte de Schemachá, en el monte Babadag, la cadena principal se divide en tres partes. La primera, muy poco importante, se dirige hacia Bakú; la segunda llega hasta la embocadura de Pirsagata, y la tercera, muy larga, se estiende hasta Saljan, donde concluye, separada por colinas.

El centro de la Trans-Caucasia forma la masa de las montañas de Karabag, las cuales contienen en medio de un abismo el lago Gokchai. Estos montes, llamados *Pequeño Cáucaso*, se unen á la cadena central, paralela á ellos hacia el sud, y que, segun la observacion de Humboldt (1), no es otra cosa que la prolongacion de la cordillera del Himalaya, prolongacion que se dirige hacia el norte de Teheran y Tauris, hacia el Araxes cerca de Ordubat, y de allí al Asia Menor próximamente hasta el estrecho de Constantinopla.

Entre Nachitchevan y Ordubat, en el Pequeño Cáucaso está cortado el Araxes en dos puntos cerca de Suram Kur.

El monte Suram circunda la cuenca del Rion y une la cadena central con el Pequeño Cáucaso y con los montes de Armenia, de donde parten el Araxes y el Kur hacia el norte, y el Tigris y el Eufrates hacia el sud. La Trans-Caucasia se cierra por una cadena de montañas en la parte del sudoeste, dejando fuera al monte santo de Ararat, en Rusia, que pertenece al sistema del Asia Menor y del Aderbijan.

Asi, pues, la figura formada por toda la estension que ocupan propiamente el Cáucaso y la Trans-Caucasia, representa una confusion de líneas y de grupos de alturas que se allanan únicamente en el fértil valle del Rion, en el valle sin bosques del Araxes y en el valle del Kur, que se halla al principio florido y despues desierto y abrasado.

(Se continuará.)

SECCION CIENTÍFICA.

ARTICULO PRIMERO.

INFLAMACION DE LAS MINAS POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD.

(Conclusión.—Véase el núm. 68).

Volvió, pues, á quedar en el olvido la aplicacion de la electricidad por espacio de quince años, hasta que en 1847 acabó de perfeccionar esta mejora la invencion de la gutta-percha, que es uno de los mejores aisladores reconocidos en la electricidad.

Gracias á esto han podido establecerse los cables submarinos, lo cual hubiera sido de todo punto imposible sin esta invencion.

Los primeros ensayos para volar las minas por medio de la electricidad, se hicieron el año de 1845 en la escuela de ingenieros de Montpellier.

En la primer prueba se obtuvieron resultados muy satisfactorios, que mas tarde los adoptaron varios ejércitos de Europa.

Los ingenieros ingleses fueron los primeros en servirse de este invento para limpiar sus costas de enormes rocas que dificultaban la navegacion, colocando un hilo de platina en el punto que deseaban destruir, y la pila de Volta en el extremo

(1) Humboldt. *Estudio de la naturaleza*, T. I, pág. 87.

opuesto del agente conductor; siendo de advertir que el hilo estaba encerrado en un tubo de gutta-percha. Para verificar la voladura basta establecer la corriente eléctrica entre la pila y su conductor. Tan pronto como aquella circula por el hilo metálico, enrojécese este é inflama el combustible.

Sin embargo, sucede muchas veces, principalmente en el ataque y defensa de las plazas que es necesario volar á un mismo tiempo diversos puntos. En estos casos cada mina debe tener un hilo separado, que comunique con la corriente eléctrica y produzca la esplosion en los parajes determinados.

Este ingenioso sistema se halla muy generalizado en la mayor parte de los ejércitos europeos. Generalmente da muy buenos resultados cuando se opera á distancia de doscientos cincuenta á trescientos metros, y hay que volar tan solo dos ó tres minas, en cuyo caso bastan para conseguir el objeto ocho ó diez vasos de una pila de Bunsen.

No obstante, cuando hay necesidad de comunicar el fuego á mayor distancia, es preciso aumentar relativamente el número y la dimension de los vasos ó elementos, lo que origina muchas dificultades.

El día que se inauguró el cable submarino entre Douvres y Calais se pretendió hacer salvar á un mismo tiempo en las dos opuestas riberas del canal de la Mancha, sirviéndose al efecto del hilo conductor que unia ambos cañones á través de aquel brazo de mar.

Tan maravillosa experiencia salió perfectamente, y el cañon colocado en la muralla de Douvres contestó á la salva de la bateria de Calais.

Mas para esto es necesario poner en juego una pila de Volta, como la empleada en aquella ocasion, que constaba de ciento cuarenta vasos de Bunsen.

El coronel español del cuerpo de ingenieros, Sr. Verdú, presenció en Inglaterra tan sorprendente experimento, y notando el inconveniente que habia en emplear tantos vasos trató de vencerle, combinando el uso de la pila ordinaria con la máquina de Ruhmkorff.

Esta máquina, á pesar de su nombre, tudesco puro, fué inventada por Mr. Ruhmkorff, fabricante de instrumentos de física en París, y con ayuda de la cual han podido estudiarse los diversos efectos de la electricidad de induccion.

Designanse con el nombre de corrientes de induccion las que se desarrollan instantáneamente en un hilo metálico cuando se aproxima á cierta distancia de él una pila de Volta.

Estas corrientes, descubiertas en nuestros dias por el célebre químico inglés Faraday, provienen de la accion que ejerce la electricidad en los cuerpos conductores que se oponen á su paso.

La máquina Ruhmkorff se compone interiormente de un hilo de cobre, bastante grueso, rodeado á un cilindro de hierro, cuyo objeto es aumentar los efectos de la electricidad de induccion.

Encima de este cilindro, por el cual circula el fluido eléctrico, bajo la accion de una pila de Bunsen, hay otro hilo mas delgado y largo que el interior.

Por un sencillo mecanismo se interrumpe y

restablece la corriente eléctrica en el hilo grueso, y á cada uno de estos cambios é interrupciones se manifiesta la electricidad de induccion en el hilo delgado, produciendo los diversos efectos que se desean.

Uno de estos es *las chispas eléctricas*, desprendidas del hilo exterior, á consecuencia de la gran corriente que circula por el alambre interior.

Hé aquí por qué, combinado el aparato Ruhmkorff con un solo vaso de Bunsen, puede servir para comunicar la chispa eléctrica á grandes distancias.

Conocidas de nuestro compatriota Sr. Verdú las propiedades de la máquina mencionada, hizo, en 1853, acompañado del autor, algunos experimentos muy curiosos, que dieron por resultado el descubrimiento de fenómenos eléctricos hasta entonces ignorados, ó que al menos no habian salido de los laboratorios químicos.

Estos experimentos, que se verificaron en los talleres de Mr. Julio Ereckman, fabricante de hilos telegráficos, dieron muy buenos resultados, particularmente en la parte relativa á las distancias, pues se logró inflamar algunos sacos de pólvora á 25,000 metros de distancia.

Tan importante objeto se consiguió con la máquina Ruhmkorff, y es indudable que con el mismo aparato volaron los rusos sus fortificaciones.

Los resultados obtenidos por nuestro compatriota, han sido de suma importancia, pues en lugar del inmenso número de elementos que se necesitaban anteriormente para comunicar el calorífico á grandes distancias, puede ahora transmitirse combinando la pila de Volta y la máquina Ruhmkorff.

Mas adelante, el año de 1854, Mr. Savaré, capitán del cuerpo de ingenieros, aplicó el mismo aparato con objeto de volar á un tiempo varias minas, y á fin de poder distribuir las chispas eléctricas, ideó el siguiente sistema, que no deja de ser ingenioso.

El conductor que parte de uno de los polos de la máquina Ruhmkorff, se divide en otros tantos hilos como hornillos haya, volviendo á reunirse estos en uno solo, que termina en el otro polo, y pudiendo la misma tierra llenar el oficio de este *conductor de regreso*, llamémosle así.

La primera chispa eléctrica despedida por la máquina, recorre primeramente la ramificacion mas débil hasta que, refluyendo la chispa de hilo en hilo, produce la esplosion en todos los hornillos.

El buen éxito de esta operacion depende en gran parte de los medios que se empleen para conseguir que cada voladura interrumpa la comunicacion en el hilo correspondiente.

Con el objeto de obtener este resultado, Mr. Savaré formó de un metal fundido las puntas de los conductores que reciben la chispa destinada á incendiar los hornillos.

Estas puntas se licuan al inflamarse la pólvora, desapareciendo instantáneamente y dejando en su lugar la funda de gutta-percha que cubre los alambres, en la cual se aísla completamente el fluido eléctrico.

El ensayo de estos aparatos lo hizo el mismo Savaré en el poligono de Grenelle y el año de 1854, en presencia del general Sallenave, director de fortificaciones, de Mr. Schmister, coman-

dante general de ingenieros, y de otros varios jefes.

La primera prueba consistió en volar simultáneamente dos minas por medio de un solo hilo adherido á la máquina; y la segunda, en volar otra mina á 700 metros de distancia. Los hilos estaban aislados del suelo por medio de unas estacas de madera, y un tambor hacia la señal de *fuego* dando tres golpes seguidos.

Ambos ensayos salieron perfectamente y las dos minas volaron á un mismo tiempo.

Deber nuestro es añadir, por si algunos lo ignoran, que de regreso á España el Sr. Verdú, ejecutó iguales esperimentos en el poligono de la Academia de ingenieros de Guadalajara, á la distancia de 3,000 metros y con un solo conductor, consiguiendo volar á un mismo tiempo y con un elemento de Bunsen, diez hornillos.

Los medios empleados por el Sr. Verdú difieren algo de los de Mr. Savaré, aunque el resultado es el mismo.

Dijimos anteriormente que no solo se ha aplicado la electricidad á los usos de la guerra, sino que tambien se emplea para las construcciones de ferro-carriles, rompimiento de pozos mineros y otros trabajos de este género.

Quince años hacia que se estaban ejecutando en el puerto de Cherburgo trabajos infructuosos y costosísimos, hasta que conociendo el gobierno que el interés particular obtendria resultados mas satisfactorios que el buen deseo oficial, resolvió adjudicar los trabajos el año 1854.

Dos ingenieros que habian hecho ya algunos ensayos en Argel y Marsella, Dussaud y Rabatté se encargaron de dar cima á tan colosal empresa.

Lo primero que hicieron fué abandonar el sistema de minas pequeñas, usado hasta entonces por los ingenieros del gobierno, comprendiendo que para conseguir su objeto, era necesario hacer minas enormes, mejor dicho, grandes depósitos de pólvora, que estallando á un tiempo mismo, hicieran desaparecer la inmensa roca.

Como para esto era preciso poner en juego la electricidad, se dirigieron al célebre químico Mr. de Moncel, con el objeto de que organizase un sistema de fácil ejecucion, y cuyos efectos fueran tan rápidos como seguros.

El sistema propuesto por Moncel, no solo llenó el objeto apetecido, sino que traspasó las esperanzas de los mas exigentes, presentando á un tiempo mucha seguridad para los operarios, gran aumento de fuerza, ó lo que es lo mismo de efecto mecánico, y una economia de 60 á 70 por 100 en cada esplosion.

Gracias á este invento pudo llevarse á cabo la grande obra del puerto de Cherburgo.

Pasemos ahora á describir, aunque brevemente, el sistema Moncel.

El principal objeto de este sistema es obtener una simultaneidad de esplosion en grandes minas, que la que menos encierre 4,000 kilogramos de pólvora.

El buen resultado de esta especie de volcanes que ejercen su accion subterráneamente depende de esta misma simultaneidad.

Para obtenerlo, ha modificado Mr. de Moncel el procedimiento de los Sres. Verdú y Savaré dividiendo las minas en grupos de dos y empleando una rueda de gutta-percha, movida por una máquina de reloj.

La circunferencia de la rueda la cubren cinco planchas metálicas, separadas entre si unos dos centímetros. Sobre esta circunferencia descansa un frotador, que, por medio de un hilo se comunica con los polos del aparato Ruhmkorff.

Antes de terminar este artículo, dedicaremos algunas líneas al modo de construir las minas monstrosas, gracias á la que, ha podido inaugurarse el puerto de Cherburgo.

Compónese generalmente cada una de ellas de dos espacios cuadrados, abiertos á doce metros bajo la superficie de la roca; y de unos 3 á 4 metros cúbicos de cavidad.

Para construir estos espacios se abre primeramente un pozo, de un metro de profundidad, y del fondo parten despues dos galerías horizontales en la misma proporcion que el pozo.

Al extremo de estas galerías es donde se construyen las minas. Para preservar la pólvora de la humedad, se coloca en unos sacos de gutta-percha que puedan contener 2,000 kilogramos de pólvora.

Terminado este trabajo y despues de introducir en los sacos los alambres conductores, cubiertos siempre de gutta-percha, se vuelven á terraplenar los pozos y las galerías, de modo que las minas esten únicamente en contacto exterior con los conductores de la electricidad.

Nos hemos estendido algo mas de lo que quisiéramos, al describir los aparatos eléctricos, por la utilidad que de ellos puede sacar el progreso, llamado á perfeccionar todos los descubrimientos; mas que nada por las diversas aplicaciones que pueden darse á las máquinas Ruhmkorff.

Entre otras, pudiera servir para disparar las baterías; destruir los navíos sumergidos é inflamar las minas submarinas.

En todos estos casos es de grande utilidad el aparato Ruhmkorff, y el mismo Mr. de Moncel cree que puede y aun debe aplicarse á la artillería.

El bota-fuego ó piston moderno es un peligro continuo para los artilleros, y en mas de una ocasión ha sucedido inflamarse la pólvora por haber quedado en la recámara restos candentes.

Suprimida la llama con el sistema eléctrico y adoptándose una espoleta que pudiera mantenerse fija, no habria que lamentar seguramente ninguna desgracia.

Esperamos que la artillería española, que tantas pruebas de buen acierto tiene dadas y que tanta utilidad ha reportado al ejército, secundando y protegiendo sus operaciones en la reciente guerra, no dejará de sacar partido de los preciosos medios que hoy pone en sus manos la ciencia del hombre y el progreso de nuestro siglo.

JOAQUIN M. DE TEJADA.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Segun el *Courrier du Dimanche*, el gran duque de Toscana y el duque de Modena han protestado contra la anexión de sus Estados á la Cerdeña. La *Patrie* anuncia que Nápoles no piensa intervenir en los asuntos del papa.

Esto no obstante, segun un despacho de Marsella, creíase que, en el caso de salir los franceses de Roma, las tropas pontificias ocuparían la

capital, y las napolitanas las Marcas de Ancona.

Noches pasadas, sir Roberto Peel pronunció en la cámara de los Comunes un largo discurso acerca de la cuestión suiza, que juzga digna del apoyo de Europa, pues ve amenazada su neutralidad por la anexión de la Saboya. Censuró al rey de Cerdeña por esta cesión, y dijo que la Inglaterra ha sido engañada por la Francia, manifestando además sus temores de que Napoleón no pueda contener al pueblo francés, si se ve escitado por el deseo de conquistas; pero no habiendo respondido ningún ministro á las reflexiones del orador, la cámara pasó á otros asuntos.

El *Monitor* de París dice que las tropas francesas han tenido en Niza un entusiasta recibimiento.

Los carabineros del papa han tirado al suelo en Pésaro las armas de Cerdeña, puestas en la puerta del vice-cónsul sardo. A graves complicaciones puede dar lugar este hecho, si se confirma, en las actuales circunstancias.

El Austria ha notificado á la Dieta de Francfort su protesta contra la anexión de los Ducados italianos.

Han sido abiertas las cámaras en Turin, habiendo pronunciado el rey el discurso de apertura. En él espuso Victor Manuel los grandes resultados conseguidos por los ejércitos francés é italiano, y la abnegación de que han dado pruebas los pueblos. « Como una muestra de reconocimiento á la Francia, añadió el rey, y para consolidar la unión de dos naciones que tienen un origen igual, he consumado el sacrificio mas costoso á mi corazón, cediendo la Saboya y Niza, dejando, sin embargo, la resolución de este asunto al voto de los pueblos interesados en él, y á la aprobación del parlamento; y con respecto á la Suiza dejando á salvo las garantías del derecho internacional. Tenemos aun muchas dificultades que vencer; pero sostenido por la opinión pública y por el amor de los pueblos, no dejaré herir ni menoscabar ningún derecho ni libertad de ninguna clase, respetando como mis antepasados, á los soberanos católicos y al jefe de la Iglesia, si la autoridad eclesiástica usa de armas espirituales. Respecto á los intereses temporales, yo sabré hallar la fuerza necesaria para mantener íntegra la libertad civil y mi autoridad, contando únicamente con Dios y con la justicia de mis actos.»

El rey habló despues de la organización interior de las nuevas y antiguas provincias, y terminó invitando á que concurren noblemente todas las opiniones sinceras á realizar el objeto supremo del bienestar de los pueblos y de la grandeza de la patria: « de la patria, añadió, que no es la Italia de los romanos, ni la de la edad media, que no debe ser de aquí en adelante un campo abierto á las ambiciones extranjeras, sino únicamente la Italia de los italianos.»

El gobierno suizo ha protestado de nuevo contra la anexión de la Saboya á la Francia, y se ha remitido á lo que acerca del particular decidan las potencias signatarias de los tratados de 1815.

El *Diario de Roma* publica una carta del general Goyon, declarando inexacta la relación de los periódicos que han supuesto que los oficiales franceses han hecho soltar los presos por los gendarmes del papa. El general protesta contra esto y contra cuanto tienda á faltar á la disciplina.

El gobierno inglés considera la cuestión de la anexión de la Saboya independiente de la neutralidad de la Suiza: al parecer, obra de acuerdo con Rusia. Créese que habrá correspondencias diplomáticas para el arreglo de esta cuestión. La reina Victoria ha acogido bien la idea de un tratado marítimo con Francia. Se desmiente lo dicho estos días por el *Morning-Herald*, respecto de las alianzas de Francia con Dinamarca, Suecia y Noruega.

El *Monitor* desmiente del modo mas formal la noticia de que cada regimiento de infantería experimentalmente la reducción de dos compañías.

Dícese que las dos grandes potencias han contestado á la nota en que la Suiza pide la convocación de un Congreso europeo.

En Nápoles continúan las prisiones, y ahora se persigue á un fraile capuchino, por sus predicaciones sediciosas.

Escriben de Constantinopla que ha salido de Monaster un cuerpo de ejército para acampar entre la Servia y el Montenegro. El hijo del príncipe Milosch se negó á ir á Constantinopla á tomar la investidura. El gobernador de Candia redujo á prisión á cuarenta y dos sacerdotes griegos que se declararon católicos; pero la legación francesa intercedió en favor suyo, invocando la prometida libertad religiosa.

El principado de Mónaco, de cuya venta á Francia se ha hablado estos días, tiene una superficie de 130 kilómetros cuadrados, y una población de cerca de 8,000 habitantes. La capital de Mónaco se levanta sobre una roca bañada por el Mediterráneo, á 12 kilómetros de Niza. Tiene otros dos pueblos, que son Menton y Rocabrana. Este principado fué erigido en patrimonio para la familia Grimaldi, de origen genovés, y al extinguirse esta rama pasaron sus derechos á los duques de Valentino, que lo poseen en la actualidad. En 1641 fué puesto bajo la protección de la Francia, cuyo protectorado fué reemplazado hace cuarenta y cinco años por el de Cerdeña, que administra directamente las ciudades de Menton y Rocabrana.

Asegúrase que algunos agentes extranjeros procuran organizar en la Sicilia un partido que pida la anexión de esta isla á la Inglaterra. Dicho partido hace una propaganda activa, valiéndose de todos los medios posibles; pero la *Patrie* cree que no conseguirá sus fines, porque la Sicilia tiene á la vista el triste ejemplo de las Islas Jónicas; y por otra parte, todas las potencias tienen el deber de impedir se lleve á cabo un proyecto tan desfavorable.

Son por demás graves las siguientes palabras pronunciadas por lord Jhon Russell en una de las últimas sesiones del parlamento británico:

« Para lo futuro debemos fijarnos mas en el Norte que en el Occidente. Creo que, aunque deseemos vivir en amistosas relaciones con la Francia, no debemos separarnos de las demás naciones de Europa, á fin de que cuando surjan otras cuestiones, que si surgirán, estemos prontos á obrar de concierto, para declarar en términos moderados y amistosos, aunque firmes, que el arreglo de Europa y la paz europea son cosas muy caras á este país; y que este arreglo y esta paz no pueden asegurarse si son susceptibles de constantes y perpétuas interrupciones, frecuentes temores, dudas y rumores sobre la anexión, hoy

de un país, y la union ó conexión mañana de otro.

Los vivos y prolongados aplausos con que los torys acogieron esta declaración, la prontitud con que lord J. Manners, el mas belicoso de todos los lores y el mas encarnizado enemigo de Napoleón III, aceptó estas palabras como precursoras de una coalición de las potencias europeas contra la Francia, y el apresuramiento, en fin, con que la oposicion retiró las mociones que tenia presentadas sobre la materia, por quedar satisfecha con ellas, todo revela la alta gravedad y significación del discurso del ministro de Estado de la Gran Bretaña.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

S. M. ha tenido á bien aprobar la siguiente tarifa de los precios que deberán satisfacer los suscritores á las aguas del canal de Isabel II, por la colocacion y suministro de la tubería y piezas desde la cañería pública hasta la entrada en sus propiedades:

	Rs. vn.
Taladrar la cañería general, suministrar y colocar la pieza de toma y la tubería desde esta hasta la fachada de la casa, cualquiera que sea la calle.	250
Cada llave de aforo con su caja de hierro y llave.	400
Cada llave de paso.	76
Cada platillo de hierro para la union de la tubería.	3
Cada tornillo con su tuerca para los mismos platillos.	5
Cada registro para la colocacion de las llaves con buzón de piedra ó hierro.	90
Cada metro de cañería colocado en el interior de la finca hasta llegar á la llave de aforo.	20
Cada metro de cañería de desagüe á las bajadas de las aguas.	12
Por cerrar la comunicacion de un acometimiento particular con la cañería pública, reemplazando la pieza de toma con un tapon de bronce á rosca.	80

— El día 1.º de mayo se verificará en la direccion general de Obras públicas, y ante el gobernador de Jaen, la subasta del arriendo del portazgo de Menjivar por término de dos años, y cantidad menor admisible de 125,120 rs. vn. en cada uno, que es el precio del actual arriendo.

— S. M. no ha tenido á bien acceder á la solicitud de Manuel Gebra Espinosa, en la que, con motivo de haber fallecido su hijo Juan, soldado que fué del batallón provincial de Alcañiz, pide que se le releve de la responsabilidad que tiene contraída con el sustituto que por aquel puso; disponiendo á la vez sirva este caso de regla general para los demás de igual naturaleza que en lo sucesivo puedan ocurrir.

— Parece que por el ministerio de Gracia y Justicia acaba de hacerse la siguiente distribucion: 1.687,687 rs. para reparacion de templos parroquiales; y para reparacion de conventos de monjas, 397,286 rs.

— La direccion general del ramo ha dispuesto

que las salidas de los correos de Cádiz para las Islas Canarias se verifiquen en lo sucesivo los días 2 y 22 de cada mes, sin perjuicio de que el vapor que sale para las Antillas de dicho puerto los días 12, continúe llevando correspondencia para dichas islas, con lo que se consignan tres expediciones mensuales en intervalos iguales.

— Los vapores de la Compañía de mensajerías imperiales que hacen el servicio entre Marsella y Orán, en lo sucesivo harán escala en Valencia en lugar de verificarlo en Alicante.

Los mencionados vapores entrarán en Valencia los viernes de todas las semanas, saliendo en el mismo día para Orán.

La correspondencia de esta corte que los interesados quieran enviar por este conducto á Orán, deberá ponerse en los buzones de esta central los miércoles de todas las semanas, para que se halle en Valencia los jueves, vispera de su salida de aquel puerto.

— Los paquetes británicos que han de conducir la correspondencia dirigida á la Habana, saldrán del puerto de Liverpool lo que resta del siguiente año, en los días siguientes: 14 de abril, 12 de mayo, 9 de junio, 7 de julio, 4 de agosto, 1.º de setiembre, 20 de id., 27 de octubre, 24 de noviembre y 22 de diciembre.

— Ha sido autorizado D. Joaquin Beneito Crespo, para verificar en el término de un año los estudios de un ferro-carril que partiendo de Murcia termine en Alicante.

— Lo ha sido igualmente el ayuntamiento y sociedad económica de la ciudad de Santiago, para verificar en el término de seis meses el estudio de otro ferro-carril que partiendo de la referida ciudad termine en la ria de Padron.

— Debiendo construirse para la guardia civil veterana 1,500 ponchos de abrigo en pública licitacion, con sujecion al pliego de condiciones que se halla de manifiesto en la secretaria de la direccion del arma, se hace saber al público para conocimiento de los que deseen tomar parte en el remate, que tendrá lugar en dicha secretaria á la una de la tarde del día 12 de mayo próximo.

— Se está formando un nuevo reglamento de Sanidad militar con arreglo á la ley vigente, segun el cual parece que se suprimen los médicos y farmacéuticos de entrada, y se aumenta notablemente el número de los primeros ayudantes médicos, elevando á esta categoría á los de los batallones de cazadores que en la actualidad son segundos.

— El día 7 de mayo próximo se celebrará subasta pública en el establecimiento de minas de Riotinto para contratar el servicio de carga de galeras y carros, cuyo acto se verificará con sujecion al pliego de condiciones, que se halla de manifiesto en la direccion general del ramo y en dicho establecimiento, bajo el tipo máximo admisible de 3 rs. 50 céntimos por la carga de cada galera y 1 real 50 céntimos por la de cada carro.

Igualmente se verificará el 8 del referido mes, en el citado establecimiento, el surtido de 2,500 arrobas de pez brea que se consideran necesarias para el consumo del mismo, con arreglo tambien á las condiciones que se hallan de manifiesto en las propias dependencias, y bajo el tipo máximo admisible de 24 rs. arroba.

— Por el ministerio de Fomento se ha espedido,

con fecha 28 de marzo último, la real orden siguiente:

«He dado cuenta á la reina (Q. D. G.) de una instancia de D. Guillermo Armesto, licenciado en la facultad de teología y alumno de la de derecho en la Universidad central, solicitando hacer en cuatro años los estudios de esta facultad, previo abono, al tenor de lo dispuesto en el artículo 77 de la ley de 9 de setiembre de 1857, y las asignaturas de instituciones de derecho canónico y disciplina general de la Iglesia y particular de la de España, que cursó y probó en la de teología.

»Y S. M., oido el dictámen del real consejo de Instrucción pública, se ha servido desestimar la pretension de Armesto respecto al primer extremo, y mandar en cuanto al segundo, que así al recurrente como á los demás alumnos que acrediten tener hecho en la referida facultad de teología el estudio de las materias que van indicadas, les sea de abono para la de derecho, computándoseles como un año de esta carrera, pudiéndolos terminar en cinco; para lo cual deberán simultanear con el derecho mercantil y penal la teoria de los procedimientos judiciales de España y primer año de prácticas privadas, y en recibiendo el grado de bachiller cursar con la práctica forense la literatura general y española, y segundo año de práctica privada.»

— Han sido autorizados D. José Suarez y don Augusto Couloms para verificar en el término de seis meses los estudios de un ferro-carril que partiendo de la ciudad de Santiago termine en el Puente Cesures en la ria de Arosa.

RÓMULO.

CRÍTICA TEATRAL

TEATRO DE JOVELLANOS.—LOS CIRCASIANOS, zarzuela en tres actos, letra del Sr. Olona, música del maestro Arrieta.—TEATRO DEL PRINCEPI.—POR DERECHO DE CONQUISTA, comedia en tres actos, traducida del francés.—TEATRO DEL CIRCO.—¿QUIÉN ES ÉL? comedia en tres actos y en verso original del Sr. Mendialdua.—TEATRO FRANCÉS.—LES ENFERS DE PARIS, vaudeville en cinco actos.

Pasó la Semana Santa, y con ella la abstinencia total de teatros, habiendo estos vuelto á abrir sus puertas al público con la venida de la pascua de Resurreccion. El primero que tomó como siempre la iniciativa, fué el afortunado coliseo de la calle de Jovellanos, poniendo en escena la zarzuela nueva en tres actos *Los Circasianos*, letra del Sr. Olona, música del celebrado autor de la de *El Grumete*, *Marina*, *El Dominó azul*, etc., etc., D. Emilio Arrieta. En la noche del estreno de esta nueva composicion, hallábase ocupado el teatro de Jovellanos por una numerosa y distinguida concurrencia que esperaba con una ansiosa curiosidad, al par que con verdadera confianza, oír las primeras notas de este distinguido maestro. No salieron fallidos sus deseos. La música de *Los Circasianos* es en efecto de un mérito extraordinario, tanto por su originalidad como por su propiedad y expresion. La parte instrumentada está llena de bellezas y abunda en detalles muy delicados y de gran efecto. El

público la hizo justicia, aplaudiendo casi todas las piezas y haciendo repetir otras. Respecto al libreto, sentimos no poder decir otro tanto. Hay en el argumento de *Los Circasianos* tanta aglomeración de incidentes y tal lujo de detalles, que perjudica no poco á la unidad de la obra, quitándole mucha parte de su interés. El Sr. Olona ha querido hacer una cosa grande, y á nuestro juicio, solo ha conseguido hacer una cosa monstruosa, lo cual no le perdonamos, porque pocos libretistas hay que comprendan tan perfectamente como el autor de *El Juramento*, el género de la zarzuela. El argumento de la que nos ocupa se reduce á presentar una de las muchas insurrecciones de la Circasia contra la opresión rusa, sembrada de sus correspondientes amores entre rusos y circasianos, acompañados de odios, celos y proyectos de venganza. El último acto, sobre todo, es el peor de la obra, y así lo comprendió el público en la noche de su estreno, empezando á retirarse antes que aquella concluyese. Las decoraciones son bellísimas y de un efecto excelente, así como los trajes de los comparsas. En suma, la empresa ha desplegado en la *mise en scene* de esta obra un lujo sorprendente, y gracias á esta circunstancia y á la belleza de la música, que cada noche agrada mas, creemos que *Los Circasianos*, sin ser una zarzuela de punta, dará buenas entradas. En la ejecución se distinguieron las Sras. Mora y Murillo, y los Sres. Caltañazor, Obregon y Cúbero.

El teatro del Príncipe ha puesto en escena por primera vez la comedia en tres actos, *Por derecho de conquista*, arreglada del francés por el primer actor de este teatro, D. Manuel Catalina. En ella ha sido muy aplaudida la Matilde Diez, que fué llamada al proscenio á la conclusión de los actos segundo y tercero. Aun cuando esta comedia se ha anunciado como nueva, no lo era para el público, puesto que existe otra traducción con el mismo título. Al concluirse la comedia, el público llamó al autor del arreglo, que se presentó á recibir el premio de su trabajo: reciba por ello nuestra enhorabuena.

En el teatro del Circo se ha estrenado la comedia en tres actos y en verso, original del señor Mendialdua, titulada *¿Quién es él?* Aunque pobre de argumento y escasa de interés, el público la oyó con gusto, en gracia de ser la primera obra dramática de este apreciable escritor, que fué llamado á la escena á la conclusión de la comedia, pero que tuvo la delicadeza y el buen gusto de no presentarse. — La versificación de *¿Quién es él?* es en extremo fluida, y está salpicada de pensamientos delicados.

Por último, el lindo coliseo de la calle de la Magdalena ha ofrecido á sus constantes *habitués* la comedia vaudeville en cinco actos *Les enfers de Paris*, especie de *pot-pourri* lleno de chistes, y en cuyo desempeño sobresale, como siempre, la graciosa Mlle. Potel, contribuyendo al *ensemble* Mlle. Courtais y MM. Collin y Lespinasse. A la conclusión de la comedia, el público, que llenaba todas las localidades, llamó al proscenio á todos los actores, que fueron aplaudidos con verdadera espontaneidad.

El teatro francés en esta corte, y lo decimos en su suyo, es el único donde no existe organizada ninguna especie de *claque*.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

¿De Tetuan..... á Roma? Folleto de D. Carlos Dominguez ARRIBAS. Madrid, 1860. Rios, ed.

Hemos consultado el breve opúsculo que anunciamos, y revela el mismo espíritu de analítico exámen que preside en trabajos anteriores del propio autor. Poniendo en tela de juicio el Sr. Dominguez la conveniencia de un auxilio, que hubieran hoy de prestar las armas españolas á las personales conveniencias de la cabeza visible de la Iglesia, se declara por la oposición á semejante conducta, apoyando la neutralidad que en tal cuestión debe seguirse observando por nuestro gobierno. A mas del punto de vista práctico, presenta el folletista observaciones, que tienden á probar que la cuestión que hoy se agita entre Roma y demás potencias, es mas política que religiosa, y que como tal, es decir, en el primer concepto, no es justo apoyar las miras de la corte de Roma. Por último, tratando de justificar que las pretensiones papales estan en abierta oposición con el carácter del heredero de san Pedro, reproduce citas notables de la Sagrada Escritura y Santos Padres, que confirman sus ideas, y termina con un breve y elocuente epilogo, que resume con brillantez los puntos mas capitales de este trabajo.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Etudes littéraires et morales sur Homère, par M. Auguste WIDAL. Un vol. in-8°; Hachette.

Hay materias de inagotable crítica, y donde precisamente se encuentran, es en las literaturas de la antigüedad. Todavía no han sido sondeadas en toda su profundidad las civilizaciones desvanecidas ya de la India, el Egipto y la Grecia, y ese especial atractivo, que parece ser un privilegio de las ideas antiguas, acaso no tenga mas fundamento que el sentimiento de una diferencia esencial, mas bien que de una transformación entre el fin moral, que se proponían los antiguos, y el que nosotros pretendemos alcanzar. La lectura de Homero, ese superior representante de la antigüedad, proyecta nuevas luces sobre semejante particular. De contado, no podrán menos de acoger con interés notable, así el moralista como el erudito, los nuevos estudios que anunciamos, referentes al cantor de la Iliada, compuestos por un miembro sabio y joven de la universidad, Mr. Augusto Widal. Lo que distingue este libro y le presta una verdadera originalidad, en medio de los trabajos de todo género, que se han escrito acerca de Homero desde la escuela de Alejandria, es que en él se halla estudiada la epopeya de un modo constante, situación por situación, y que comenta las mas relevantes bellezas del poema, segun y como se van presentando en él. Agréguese, con todo, que la satisfacción del lector seria mas cumplida, si Mr. Widal supiera en ciertas ocasiones dominar mejor la forma.

La France aux colonies. — Acadiens et Canadiens, par Mr. E. RAMEAU. Un vol. in-8°; Jouby.

Si el Canadá y la Acadia han quedado borrados, sin duda, de los dominios coloniales de la Francia, gran lugar ocupan todavía en los anales de su historia, y hasta en los recuerdos y tradiciones de algunas de sus provincias. Mr. E. Rameau, que se propone seguir las huellas de los franceses por doquiera que las han impreso fuera de Europa, ha estudiado, en primer lugar, los territorios de la América del Norte, en donde sembró los primeros gérmenes de civilización. Las investigaciones del autor, sacadas de fuentes originales, en los depósitos de diferentes archivos, se encaminan principalmente á las direcciones y movimientos de la población, sin apegarse exclusivamente á ello. Pone en claro una porción de sucesos bastante poco conocidos, conducentes para apreciar toda la extensión de la pérdida, que experimentó aquella metrópoli, merced á la política indiferentista de Luis XV, y cuyos recuerdos no serán por lo menos estériles, como alcanzan á enseñarnos el arte de asegurar un próspero destino á las colonias, que ha conservado la Francia.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Traité sur les vins du Médoc et sur les autres vins rouges et blancs du département de la Gironde, par W^m FRANCK. *Quatrième édition*. Bordeaux, 1860. Un vol. in-8°, 32 rs.

Etudes médicales sur l'ancienne Rome, par Jules ROUYER, docteur en médecine de la Faculté de Paris. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 16 rs.

Hippocrate; de la vision, par J. SICHEL, docteur en médecine et chirurgie: extrait du tome IX des œuvres d'Hippocrate de M. E. LITTRÉ. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 7 rs.

Recherches et expériences sur les animaux ressuscitants faites au Muséum d'histoire naturelle de Rouen, par F. A. POUCHET, professeur à l'école de médecine et à l'école supérieure des sciences de Rouen, etc., etc., accompagné de figures intercalées dans le texte. Paris, 1859. Un vol. in-8°, 9 rs.

Traité des entozoaires et des maladies vermineuses de l'homme et des animaux domestiques, par C. DAVAINÉ, membre de la Société de biologie, etc., accompagné de 88 figures intercalées dans le texte. Paris, 1860. Un volume in-8°, 50 rs.

Etiologie et prophylaxie de la Pélagre, communications adressées à S. E. le ministre de l'agriculture et du commerce, par M. le docteur Max. COSTALLAT, suivies du rapport du comité consultatif d'hygiène et de salubrité, par le docteur Amb. TARDIEU, et de diverses pièces justificatives. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 7 rs.

Nouvelles méthodes de traitement des maladies articulaires, par A. BONNET, professeur de clinique chirurgicale à l'école de Médecine de Lyon, membre correspondant de l'institut. — *Seconde édition*, revue et augmentée d'une notice historique, par le docteur J. GARIN, médecin de l'Hôtel-Dieu de Lyon, accompagnée de 17 planches intercalées dans le texte, et d'un recueil d'observations sur la rupture de l'ankylose. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 19 rs.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
— editor responsable y propietario. —

La América colonial. — Académica y Canadense. —
por Mr. F. RAMBAU. Un vol. in-8; Joubert.

Si el Canadá y la Acadia han quedado por-
tados, sin duda, de los dominios coloniales de la
Francia, gran lugar ocupan todavía en los anales
de su historia, y hasta en las recuerdos y tradi-
ciones de sus provincias. Mr. F. Ra-

BIBLIOGRAFIA ESPAÑOLA.



BREVIERE

BOLLEIN BIBLIOGRAFICO.

ALARMA.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

ALARMA. —
Un vol. in-8; Joubert.

¿Qué hay de nuevo, Titi? — Nada, Señuriti; un desembarque de naranjus en lus Alfaques.

SUMARIO. El Rey de las tinieblas, por Gustave Aimard, pág. 241.—Guillermo, por D. Antonio Marco y D. Martin Petrea, pág. 245.—Viaje á China, por lord Macartney, pág. 247.—Curso familiar de literatura, por Lamartine, pág. 249.—Descripcion del Cáucaso, por M. A. de Erro, pág. 250.—Seccion científica, pág. 251.—Crónica estranjera, pág. 253.—Crónica española, pág. 254.—Critica teatral, pág. 254.—Bibliografía española, pág. 255.—Bibliografía estranjera, pág. 255.—Boletin bibliográfico, pág. 255.

CHAMBERI DE MADRID : 1860.—Imp. de Bailly-Bailliere.